

- B I L A N -

**BULLETIN THÉORIQUE MENSUEL DE
LA FRACTION DE GAUCHE DU P. C. I.**

Boletín teórico de la Fracción de Izquierda del P.C.I.

BILAN N° 4, FEBRERO DE 1934.

EL CAPITALISMO DA UN PASO DECISIVO EN LA PREPARACIÓN DE LA GUERRA

La insurrección “socialista” en Austria.

El proletariado aplaude la defensa de la república francesa gracias a los socialistas.

Los acontecimientos de Austria y Francia no sólo coinciden cronológicamente, sino que están mutuamente entrelazados, tanto por su significado como por el lugar que ocupan en la evolución de la situación del proletariado en estos países, del proletariado mundial y del capitalismo. Antes de pasar a analizar estos hechos, creemos que debemos comparar las principales posturas que han defendido las distintas organizaciones que actúan en el seno del proletariado, con el objeto de determinar cuáles se han visto confirmadas por el desarrollo de las experiencias en Austria y en Francia.

A primera vista, parece que se han confirmado las posiciones de la socialdemocracia y la Oposición Internacional de Izquierda. En Francia fueron los socialdemócratas quienes concentraron a su alrededor a los obreros en la huelga general del 12 de febrero; en Austria, es el Schutzbund¹ socialista quien “responde con la insurrección a los ataques liberticidas del canciller Dolfuss” (*Peuple Belge*, 14-2-1934). Tanto en Francia como en Austria, el enfrentamiento **democracia-fascismo** se ha reflejado a través de una huelga general, “pacífica” en Francia y “armada” en Austria. Parece, pues, que estos acontecimientos confirman la tesis que defiende la Oposición de Izquierda sobre el conflicto entre la democracia y el fascismo, según la cual el proletariado hace bien en apiñarse e incluso dejarse dirigir por las fuerzas socialdemócratas, pues así se forma un frente de defensa y de combate contra el asalto fascista. Sin embargo, como explicaremos a continuación, las huelgas que se han producido estos últimos días, tanto la pacífica como la armada, no hacen sino confirmar las posiciones fundamentales del comunismo, que afirman que la democracia y el fascismo son dos formas de gobierno de la misma clase capitalista y que en su enfrentamiento con ella el proletariado no puede concentrarse alrededor de la democracia con la perspectiva de pasar luego a la lucha revolucionaria por el derrocamiento del capitalismo. Para nosotros, el mero hecho de que los socialistas hayan asumido la dirección de los movimientos austriaco y francés demuestra que la clase obrera no ha adoptado una posición de verdadera defensa ni ha dado un paso adelante en su camino revolucionario sino todo lo contrario, es el capitalismo quien puede celebrar su bacanal sobre los cadáveres apilados en Austria y Francia, sobre la huelga del 12 de febrero, en la que los socialistas involucraron la lucha de las masas bajo la bandera de la defensa de la República, una República regada con la sangre de los treinta mil comuneros masacrados en Père-Lachaise² y que, más recientemente, ha dado muestras de su poder ametrallando a los sublevados en Marruecos e Indochina en nombre de la civilización y la democracia.

¹ La *Republikanischer Schutzbund* (Liga de Defensa Republicana) era una organización de carácter militar controlada por el partido socialista.

² Durante la Comuna de París, el cementerio Père-Lachaise se convirtió en un lugar estratégico, pues estaba situado sobre una colina. Los comuneros instalaron allí su artillería, pero terminaron siendo cercados y derrotados por las tropas de Versalles y las prusianas. 147 insurrectos supervivientes fueron fusilados el 28 de mayo de 1871 en el mismo

Los socialistas cumplieron su palabra. ¿Acaso no habían advertido ya de que la contrapartida de sus componendas con Dolfuss era que se mantuviera el régimen democrático en Austria y que si Dolfuss atacaba las libertades y el régimen parlamentario ellos se resistirían con las armas? ¿No decían en Francia que “la reacción fascista no pasará” y que llamarían al proletariado a la lucha para oponerse a la amenaza fascista? Si analizamos estos últimos acontecimientos de manera superficial llegamos a esto: los acontecimientos alemanes han dado sus frutos, la socialdemocracia no se deja aplastar, Noske pasó a la historia; Blum y Deutsch son los dirigentes de la nueva socialdemocracia y representan un punto de apoyo para la lucha revolucionaria del proletariado. Es más, tras los sucesos de Alemania, la socialdemocracia reconoce que su principal enemigo es “la derecha”, y como la fuerza fundamental del capitalismo es la derecha, el deber de los comunistas es apoyar la resistencia pacífica o armada de los socialistas, quienes a su vez –para no ser aplastados por el fascismo– sólo cuentan con el apoyo del proletariado revolucionario. Por tanto parece que la evolución de la lucha revolucionaria ha cambiado de cabo a rabo debido a la victoria fascista en Alemania, dando un nuevo aspecto a la perspectiva del desarrollo de la revolución mundial; para lograr la victoria revolucionaria en el mundo entero, el proletariado ya no debe luchar en dos frentes, contra la democracia y el fascismo, sino formar un solo bloque con la democracia, contra el fascismo.

Y sin embargo, ¿cuál es el verdadero motor de la evolución histórica? ¿La composición social de las fuerzas que se disponen para la lucha o la dirección que toman las diferentes fuerzas sociales? Planteado así el problema, a través de una poderosa síntesis de los últimos acontecimientos –la única verdadera por otra parte–, en lugar de acabar modificando sustancialmente el análisis que los comunistas llevan defendiendo desde 1917 acerca del papel histórico que le corresponde a la socialdemocracia en la época de las revoluciones proletarias, en lugar de establecer distinciones entre Noske y Blum-Deutsch, bien podemos relacionar al matón de los Espartaquistas alemanes con el defensor de la República francesa y el dirigente de la insurrección de Viena.

Por otra parte, ya se trate de la lucha pacífica o de la lucha armada, para poder apreciar el curso real de la evolución histórica más allá de la de la nublosa situación y analizar la posición que debe ocupar el proletariado, así como los éxitos que ha logrado el capitalismo frente al proletariado revolucionario, debemos situarnos en el terreno político en el que se producen los acontecimientos de Austria y de Francia.

En efecto, ¿cuál ha sido la posición central de los socialistas austriacos y franceses? ¿Se ha visto confirmada por los acontecimientos? ¿Han provocado éstos algún cambio fundamental en aquella, una especie de autocrítica socialdemócrata que nos permita confiar en que la socialdemocracia dará pasos en una dirección favorable para la lucha y para la victoria de la clase obrera?

Los socialistas austriacos, el ala izquierda de la Segunda Internacional (de la que surgió la escuela “austro-marxista”, una variante del revisionismo socialdemócrata producto de la densidad del proletariado austriaco y de los extremos a los que había llegado la situación en Austria tras la victoria fascista en Alemania, pues en su territorio convergen los objetivos imperialistas de Italia, Alemania y Francia), sostenían esta tesis: había que orientar a Dolfuss hacia el imperialismo francés y, aprovechando la influencia de los socialistas en el parlamento francés, donde eran la fuerza indispensable para mantener el gobierno de izquierda, tratar de asegurar el mantenimiento del régimen democrático, que una vez más se confundía con

cementerio, ante el que luego se llamaría “muro de los Federados”. Se calcula que los combates y la represión posterior acabaron con la vida de unos 30 mil comuneros.

la defensa de las organizaciones de clase del proletariado y con el significado proletario de éstas. Toda la política de los socialistas austriacos dependía de Paul Boncour³. Para comprobarlo, basta revisar la colección de diarios socialistas de este último año, donde podemos leer la importancia que se da a las resoluciones de la Comisión de Asuntos Exteriores de las Cortes francesas, en la que Jean Longuet supeditaba la concesión de los préstamos a Austria a que Dolfuss respetara la Constitución austriaca. Más recientes son los acontecimientos a los que nos referimos, que suponen un cambio en la situación austriaca: Daladier forma su gobierno, la primera edición, apartando a Paul Boncour e inclinándose por una mayoría parlamentaria de centro-derecha; Dolfuss cree que ha llegado el momento de atacar a las organizaciones obreras, pero el sábado 4 de febrero Daladier se inclina de nuevo hacia la mayoría de izquierda, llama a Paul-Boncour y Dolfuss pospone su plan de ataque, asegurando a la Embajada de Francia que no existe amenaza alguna contra la Constitución, que no hay prevista ninguna ofensiva contra la socialdemocracia. El nuevo giro de la situación francesa provoca que se desencadene el asalto del capitalismo austriaco contra los organismos de clase del proletariado.

Hay que aclarar la tesis siguiente: ¿Puede renunciar el proletariado a la lucha clasista, puede ligar su suerte a la del capitalismo y confiar en que éste defenderá sus intereses de clase, aun de forma limitada, sea cual sea situación y sea cual sea la ventaja o apoyo que se pretende conseguir, incluso el del gobierno “democrático” de Francia? La respuesta la tenemos en la manifestación de los *Camelots du Roi*⁴ del 6 de febrero, que condujo a la formación del ministerio Doumergue, un ministerio de derecha en un parlamento de izquierdas, haciendo añicos todo el plan político de los socialistas franceses y austriacos. Y sin embargo, para poder comprender realmente la situación hay que tener en cuenta la tesis socialista, lo que también nos permitirá explicar la insurrección “socialista” en Austria. Y es que si sacamos los últimos acontecimientos del contexto general en el que se producen –a pesar de su expresión contradictoria– es imposible explicar la posición adoptada por los socialistas franceses, que hablan de la “destrucción de la Comuna de Viena” y lanzan el grito de “¡Viva la Comuna!”, como si fuera posible establecer paralelismos entre la Comuna de los insurgentes parisinos y la administración municipal de Seitz en la Austria del canciller Dolfuss. Por su parte, los socialistas belgas lanzan en su periódico frases parecidas, cambiando de cabo a rabo el lenguaje acostumbrado sobre la necesidad de luchar de forma pacífica y legal: “La revolución ruge en Austria”, “un ejército obrero marcha sobre la capital”, “los insurgentes vieneses han rechazado el ultimátum de Dolfuss y el bombardeo se intensifica”.

La semana sangrienta de Austria, situada en el contexto de la política socialdemócrata de posguerra, e incluso en el contexto más limitado de la posición que los socialistas han adoptado frente al ataque capitalista, lejos de invalidar la tesis comunista sobre la socialdemocracia, la confirma plenamente; el proletariado austriaco, al no haber sabido ni podido oponerse al plan socialista que ponía su suerte en las manos del imperialismo francés, se halla hoy con sus organizaciones convertidas en un amasijo de ruinas, Dolfuss las ha bombardeado mientras el embajador austriaco declaraba a Barthou que “el orden reina por fin en Austria y el gobierno tiene la situación totalmente controlada”.

Limitándonos a los antecedentes directos de estos últimos acontecimientos, pensamos que el punto de partida es la derrota de la insurrección de julio de 1927⁵. Frente al primer ataque fascista, la absolución

³ Político francés que en 1931 abandonó el partido socialista (SFIO) para pasar al Partido Republicano-Socialista. A la sazón, ministro de Asuntos Exteriores.

⁴ Los *Camelots du Roi* eran las fuerzas de choque en la calle del movimiento monárquico nacionalista *Action Française*.

⁵ En enero de 1927 se produjo un enfrentamiento entre miembros de la socialdemócrata *Schutzbund* y de la nacionalista *Heimwehr* en el que murieron dos personas. La absolución de los dos veteranos de guerra acusados de las

de los asesinos de los obreros, miembros del Schutzbund, condujo a los proletarios de Viena a responder con una insurrección y con el asalto al Palacio de Justicia de Viena, indicando así claramente que sólo el ataque revolucionario contra el poder estatal de la burguesía puede estrangular al fascismo. En aquel momento, los socialistas se posicionaron abiertamente contra la insurrección, y si se aseguraron la dirección de la huelga general fue para desviarla de su objetivo inicial revolucionario, para canalizarla hacia los brazos de la burguesía. Los socialistas luego ya nunca volverán a plantear la cuestión de desencadenar luchas obreras basadas en un programa de clase y en la defensa de los salarios y las instituciones proletarias, sino que llamarán al proletariado, convertido en cliente del imperialismo francés, a sacrificarse en pos de los objetivos franceses contra el imperialismo alemán. En este contexto general es donde hay que situar la postura adoptada por el Partido Socialista de Austria, que ha concluido con la destrucción de los organismos de clase del proletariado.

En primer lugar, hay que señalar que los socialistas no desisten en su actitud; sólo tomarán la iniciativa después de acercarse al gobierno francés. Pero la iniciativa de la lucha, que es la única que importa, no pertenece a los socialistas, sino a Dolfuss, quien el pasado octubre estableció su plan de organización corporativa para hacer triunfar el fascismo en Austria. Así es como relataban los hechos Bauer y Deutsch en una entrevista publicada en el *“Peuple”* de Bruselas: “Desde hace varios meses, nuestros camaradas soportan todo tipo de provocaciones, aguardando con pocas esperanzas que el gobierno no lleve las cosas al límite y que se evite la colisión fatal. Pero la última provocación, la de Lindz, colmó la exasperación de nuestros camaradas y acabó con su paciencia. En efecto, se sabe que los Heimwehren habían pedido al gobierno de Lindz que decapitara a todos los municipios con mayoría socialista o que les dejara a ellos asumir sus funciones. Se comprende, entonces, que la mañana del lunes, cuando los Heimwehren atacaron a mano armada la Casa del Pueblo de Lindz, nuestros camaradas no se dejasen desarmar sin combatir y sin defenderse con energía⁶. Desde ese momento, **la dirección central del partido se vio obligado a obedecer esta señal de lucha** (subrayado por nosotros). Por eso lanzó la orden de huelga general y de movilización del Schutzbund.”

Aún es demasiado pronto para saber si los detalles del desarrollo de los acontecimientos confirmarán la posición que defiende nuestra fracción, frente a la de aquellos que confunden la democracia con los organismos de clase del proletariado. Quizá en el futuro se pueda demostrar que el origen del movimiento no fueron los ataques de Dolfuss a la democracia, sino el ataque a la Casa del Pueblo de Lindz. Por otra parte, los acontecimientos de Francia demuestran que no se deben confundir estos términos, pues allí la democracia no ha dejado de funcionar regularmente en ningún momento, y el parlamento de izquierda que había otorgado una importante mayoría al ministerio Daladier el 6 de febrero, será luego quien dé la mayoría aplastante al ministerio Doumergue, a quien *“La Vérité”* tilda de “nuevo Bonaparte*” y cuyo ministerio, según los socialistas, es fruto del “motín” fascista.

muertes provocó que el 15 de julio de 1927 los obreros levantasen barricadas en Viena e incendiasen el Palacio de Justicia. Los combates se saldaron con 86 muertos y más de mil heridos.

⁶ El ataque a la Casa del Pueblo de Lindz provocó el desencadenamiento de la insurrección de Febrero de 1934, el día 12. Aunque en Viena los combates terminaron el 13, en las provincias los insurrectos no fueron totalmente vencidos hasta el día 16 de febrero. Dolfuss se vio obligado a emplear el ejército y a bombardear el bastión socialista de Karl Marx-Hof. Ese mismo mes el partido socialista fue declarado ilegal.

* Los ignorantes tienen una forma singular de parecer instruidos: pronunciar palabras, construir frases rimbombantes, clamar al “nuevo Bonaparte”. Así el lector cree que tienen un profundo conocimiento histórico. Pero quienes actúan así demuestran que lo único que saben de la historia es el calendario. Comparar a Bonaparte con Doumergue es poner en el mismo plano dos épocas históricas completamente diferentes. Es confundir el capitalismo ascendente con el

El “Schutzbund” y el “Partido Socialista” sólo podían obedecer la señal de lucha dada por los obreros. Ya hemos explicado que, en lo que concierne a la lucha, si los socialistas tomaron la iniciativa en 1927 fue para aplastar la insurrección. Por otra parte, desde el punto de vista político, los socialistas también han tomado iniciativas estos cinco años, pero se trata de maniobras que les colocan en el tablero de juego de las fuerzas imperialistas, al servicio del capitalismo francés. El curso contradictorio de la evolución histórica puede provocar episodios, como los de Austria, en el que fuerzas radicalmente opuestas al empleo de la violencia se ven arrastradas a ella por la erupción de la voluntad de la clase que está llamada a emplearla; no pueden hacer otra cosa, se impone la necesidad categórica de obedecer la “señal” de los obreros.

Evidentemente, el deber de los comunistas era unirse a la lucha de los obreros austriacos, pero siempre en formaciones de combate ajenas a la organización de Schutzbund. Y es que el papel de los socialdemócratas y los comunistas es radicalmente opuesto, les separa el abismo que existe entre la revolución y la contrarrevolución. También es evidente que los comunistas no pueden reducir esta oposición fundamental a esa polémica pedantesca que trata de salvaguardar la intransigencia del Partido con la fórmula (reivindicada también por la Oposición de Izquierda): “combatir unidos pero con *derecho de crítica*”, como si fuera posible emprender una acción –de la envergadura y la dificultad presente en Austria, por ejemplo– en medio de la confusión que generan los ataques del Partido a la socialdemocracia, a la que debe tildar de traidora si no quiere renunciar a sus posiciones fundamentales y a su papel. Las condiciones reales para la batalla y su éxito residen en que el Partido declare sin ambages a los obreros que no deben esperar a que los comunistas adquieran la dirección del movimiento para pasar a la lucha, aunque el hecho de que la socialdemocracia dirija el combate amenace la suerte de la batalla. Los comunistas no pretenden sustituir esta dirección con un simple juego de manos, sino que llaman a los obreros a unirse en un poderoso frente de combate, pues el impulso de la acción es el requisito para que mañana puedan ser expulsados los traidores que hoy dirigen la lucha. Los comunistas, pues, vigilan la evolución de la lucha, y aunque permanecen todo lo disciplinados que pueden frente a la dirección, aun estando ésta en las manos de los socialdemócratas, no dudarán en eliminar abiertamente a los traidores; asumirán la dirección del movimiento, evidentemente, si se presenta una fase favorable que haga posible encaminar la acción hacia objetivos revolucionarios que no sólo son incompatibles con la socialdemocracia, sino que suponen su eliminación; o bien, impulsarán la acción hacia los objetivos iniciales del movimiento, que los dirigentes se aprestarán a abandonar y traicionar. Separación desde el inicio en las responsabilidades de la dirección y ningún bloque en las formaciones que dirigen la lucha, llamamiento a la mayor unidad y combatividad posible, disciplina en el movimiento, ruptura tras desenmascarar o despojar de la dirección a los socialdemócratas, estas son las condiciones para la batalla, en lugar de ese leitmotiv de formar un bloque dirigente del movimiento en el que se reconozca la libertad de crítica, es decir, la posibilidad de romper la disciplina, un leitmotiv que parte de la confusión y lleva el desorden a las masas cuando estas necesitan la mayor cohesión para lograr el triunfo.

Desde el punto de vista de la situación austriaca, la lucha de los obreros estaba en un callejón sin salida. Según lo que hemos dicho, lo que se jugaba el movimiento no era la simple defensa de las organizaciones obreras frente al ataque del capitalismo austriaco, sino que la partida la jugaban el capitalismo internacional coaligado alrededor de Dolfuss y el proletariado austriaco aislado y obligado a

decadente y la posibilidad de llamar al proletariado a formar un bloque a su alrededor con la necesidad que tiene actualmente la burguesía de pasar al brutal ataque contra el proletariado para liquidarlo.

enfrentarse a este poderoso ataque sólo con sus propias fuerzas. Preparándose para la guerra, el capitalismo internacional debía aplastar las organizaciones proletarias en Austria. El proletariado austriaco no podía defender sus organizaciones si el proletariado de los diferentes países no se movilizaba junto a él y retomaba la vía de la lucha revolucionaria, la única alternativa para hacer frente al plan que desplegaba Dolfuss en nombre de la burguesía de todos los países. La brutal desproporción entre la fuerza de los protagonistas: el capitalismo de todos los países frente al proletariado austriaco, hacía que el resultado de la batalla fuera previsible, pero no inevitable. Efectivamente, si el proletariado internacional hubiera luchado solidariamente con los héroes de Viena y Lindz, habría podido reconstruir sus organismos de clase, su Internacional revolucionaria, al calor de los acontecimientos de Austria. Desde una perspectiva histórica, los obreros austriacos sólo podían vencer imitando a los obreros rusos de 1917 —en una situación mucho más desfavorable—, sólo así sus luchas podrían haber llegado a algún resultado. Si proletariado mundial hubiera adquirido conciencia de la dirección real de las luchas austriacas, podría haber derrotado el ataque capitalista.

Pero las derrotas del proletariado revolucionario en todo el mundo, el fortalecimiento del frente represivo del capitalismo, daban pie al despliegue de las fuerzas que actualmente se desenvuelven en el seno del proletariado: la socialdemocracia, que dirige la atención del proletariado hacia la S.D.N. o el imperialismo francés o inglés y aguarda la ocasión para demostrar que los acontecimientos de Austria confirman su tesis de que el proletariado ha abdicado definitivamente de su lucha revolucionaria. Esto es lo que Vandervelde escribía en el *"Peuple"* de Bruselas el 17 de febrero: "Por otra parte, aunque en nuestras filas aún había jóvenes a los que la idea de tomar el poder por la vía insurreccional les parecía romántica, los sucesos de Austria les demostraron de manera irrecusable esta verdad que Marx y Engels proclamaron hace ya 70 años: "es imposible vencer en las batallas callejeras frente a tropas pertrechadas con equipamiento moderno si éstas no se pasan total o parcialmente al lado de la revolución". Vandervelde concluye: "el P.O.B. adoptó por unanimidad un nuevo plan de trabajo en el pasado Congreso de Navidad, y declaró que a partir de ahora perseguiría sus objetivos únicamente a través de medios constitucionales. Esperamos que no se trate sólo de una mera frase". Vandervelde, pues, dice que una victoria insurreccional es imposible si la revolución no ha ganado para su causa al ejército, por lo que hay que renunciar a la insurrección y apelar al proletariado a que emplee los métodos constitucionales, es decir, a que repita lo que el proletariado austriaco ya hizo en 1919 y 1920, cuando el respeto a los medios legales le llevó a una derrota cuyos frutos ha recogido el capitalismo en 1934, llevando a su conclusión lógica dicho fracaso revolucionario: el triunfo del fascismo.

Un tropel de obreros e intelectuales no comunistas pueden aportar materia para la especulación demagógica de la socialdemocracia, que pretende que hacer olvidar las páginas históricas de 1919 y 1933 para ganarse algo de crédito entre las masas obreras. Pero, en realidad, la socialdemocracia ha salido de estos últimos acontecimientos condenada por el proletariado: las víctimas "socialistas" no son, en definitiva, sino el resultado del plan socialdemócrata de poner a Austria al servicio del imperialismo francés, de aislar al proletariado austriaco en su lucha heroica y desigualada.

En cuanto al centrismo, para él los acontecimientos austriacos eran meros detalles. Trató de presentarse como el iniciador y el director del movimiento, a pesar de que todo el mundo sabe que no existe ninguna organización comunista en Austria y que el partido, antes de disolverse, sólo contaba con unos miles de adherentes. Tras la muerte de la I.C., al centrismo sólo le preocupan los planes quinquenales de Rusia, y como la condición para el éxito militar y económico de Rusia reside en que el capitalismo aplaste el movimiento revolucionario en todos los países, el centrismo ni siquiera sueña en iniciar una acción solidaria

con el proletariado austriaco. Eso sería enfrentarse al sistema que domina el mundo, sistema en el que coexisten pacíficamente el capitalismo y el régimen soviético, cuya defensa reposa actualmente sobre los hombros y las espaldas del proletariado de todos los países.

El escándalo Stavinsky y el “motín” del 6 de febrero⁷, estas son las fórmulas alrededor de las que se reunieron los diferentes partidos y grupos políticos del proletariado francés. Ya sea a causa del escándalo o del “motín”, las diferencias entre los diversos partidos irán apareciendo según vayan avanzando sus reivindicaciones: los socialistas se detendrán cuando se destituya a Chiappe⁸ y se depure a los rojos de la administración del Estado francés. Los comunistas irán más allá y pedirán que Chiappe sea arrestado. Si al “*Populaire*” le basta con la fórmula de la defensa de la República, “*L’Humanité*” va más allá y exige que la República desarme al ejército fascista y a la policía. No sabemos a ciencia cierta porque “*L’Humanité*” no pide que la República, tras arrestar a Chiappe, disuelva la policía y establezca el régimen soviético en Francia por decreto presidencial.

Las reivindicaciones de los socialistas y los centristas no podían ser tan superficiales como su análisis sobre los sucesos que acompañaron al escándalo Stavinsky y al “motín” del día 6 de febrero. La realidad es muy distinta. En Francia, el periodo de crisis económica empieza a manifestarse en mayo de 1932, después que en otros países, con los estragos provocados por el paro y la necesidad del capitalismo de modificar radicalmente las condiciones de vida de la clase obrera. En efecto, en 1931, el gobierno de derecha de Tardieu y Laval logró que fracasaran las huelgas de mineros y de la industria textil mediante el arbitraje del Ministerio de Trabajo, apoyado por la C.G.T. gracias a los socialistas. Una vez doblegada la resistencia de las fuerzas más combativas del proletariado francés, había que abordar otros problemas más complejos, es decir, la modificación de la situación general de la clase obrera. Tardieu y Laval no podían hacer todo esto en 1932, cuando el capitalismo, desde la perspectiva de la política internacional, obligaba a la burguesía francesa a retroceder frente a las posiciones del imperialismo alemán.

Las elecciones de 1932, que dieron una mayoría a la izquierda, reflejaron el descontento de los campesinos y los obreros sacudidos por las consecuencias de la crisis y la necesidad capitalista de llevar a cabo una doble maniobra, tanto en el exterior como en el interior. En el interior, canalizar alrededor del parlamento y el gobierno de izquierda la fermentación de las masas obreras y campesinas. En el exterior, sacrificar su política frente al imperialismo alemán sin comprometer al gobierno de los Tardieu, Pétain y Denain, llamado a formar el frente de concentración para la futura Unión Sagrada.

Entre mayo de 1932 y diciembre de 1933, el capitalismo se esforzó en demostrar a la clase obrera que su principal preocupación debía ser el éxito de las medidas gubernamentales de Paul Boncour, Daladier y Chautemps, que pretendían atenuar los efectos de la crisis económica. El impasse en el que se hallaba el movimiento obrero, llamado a reclamar al gobierno burgués medidas dirigidas contra el capitalismo, se desdoblaba en otro impasse, en el cual se hallaba el capitalismo y los pequeños productores, que ya no

⁷ Alexandre Stavinsky fue hallado muerto en enero de 1934 cuando estaba siendo investigado por un escándalo que implicaba a miembros del gobierno del radical Chautemps, que terminó dimitiendo el día 27, dejando paso al también radical Daladier. Este escándalo, junto a la destitución de Chiappe, sirvieron de excusa para los disturbios de 6 de febrero ya mencionados, protagonizados por los Camelots du Roi, que se saldaron con más de una docena de muertos, unos 2.000 heridos y la dimisión del propio Daladier.

⁸ Jean Chiappe, prefecto de policía que mostraba simpatías por las organizaciones de nacionalistas de extrema-derecha, fue destituido de su cargo en relación al caso Stavinsky.

esperaban que el equilibrio presupuestario resolviera el problema de la intensificación de la explotación capitalista.

Desde el punto de vista de la política exterior, tras abandonar las reparaciones en Lausana y admitir en el Pacto Cuatripartito la posibilidad de revisar los tratados, el capitalismo francés debía cambiar la orientación de su política si quería consolidar las ventajas de los pactos bilaterales en los Balcanes logrados por Paul Boncour, que suponían el fortalecimiento de las posiciones contrarias al desarme, es decir, de las tesis que afirmaban que el rearme y el crecimiento de las fuerzas alemanas sólo se pueden evitar consolidando y reforzando el armamento.

En un momento en que la situación de las diferentes clases se orienta hacia una solución, cuando el capitalismo ya no tiene ningún interés en dejar que persista el equívoco, es más, cree que éste ya ha durado demasiado, entonces estalla la propaganda universal de todos los partidos sobre el escándalo Stavinsky y el capitalismo pasa directamente al ataque.

La clase obrera sucumbió ante el sensacionalismo del escándalo Stavinsky, en sus diferentes etapas, y progresivamente empezó a reclamar sanciones, hasta llegar al presidente del Consejo. Por su parte, los partidos de derecha han aprovechado el escándalo para formar la Unión Nacional y romper el Cartel de Izquierdas, que si bien ha hecho méritos de cara al capitalismo durante 1932 y 1933, ya no es útil en este frente de ataque de la burguesía.

El proletariado debería haber colocado al escándalo Stavinsky en la sección de sucesos, demostrando que la Constitución burguesa se levanta sobre un escándalo mayor, el de la explotación capitalista. Para combatir al capitalismo, el proletariado debería haber empleado sus organismos en sistematizar una serie de reivindicaciones de clase, dejando que fueran los compadres de Stavinsky, que al menos había dado muestras de cierta genialidad, quienes saldaran cuentas con él. El escaparate de corrupción que ofrece este escándalo sólo es útil si aumenta la combatividad de las masas, pero no puede servir de base para la movilización ideológica de la clase obrera, que jamás debe unirse a este conmovedor frente que se llama "opinión pública", gravitando alrededor de un Stavinsky convertido en pantalla gigante para tapar la visión al proletariado.

El 27 de enero, Chautemps jura su cargo en el gobierno de concentración nacional formado alrededor del partido radical-socialista; Daladier se decanta por una solución que no tendrá éxito, pues se encuentra con la hostilidad tanto de la derecha como de la izquierda socialista. Daladier se dirige entonces hacia una experiencia de izquierda destinada de antemano al fracaso, a pesar que desde el punto de vista parlamentario pueda parecer exitosa y que ha contado con la ayuda de las fuerzas del Partido Socialista, el cual, a través de Léon Blum, había prometido su apoyo a Daladier y le había hablado del "ex camarada" Frot, que luego se convertirá en ministro de Interior. Aunque inicialmente las condiciones parecían favorables a Daladier, el fracaso estaba asegurado, pues la lucha superaba el juego de las mayorías parlamentarias y, tal y como hemos visto, de lo que se trataba era que el capitalismo aprovechara el escándalo Stavinsky para desplegar su plan de ataque contra la clase obrera. Ésta no debía intervenir defendiendo al gobierno Daladier y ni tampoco hacer frente a los *Camelots du Roi* en nombre de la defensa del gobierno de izquierda, por lo que el fracaso de Daladier era inevitable y, en definitiva, no podemos hablar de una batalla entre Daladier y la derecha, sino de una evolución del parlamento, de Daladier hacia Doumergue, una evolución era necesaria. Además, el hecho de que la formación inicial de su ministerio haya sido análoga a la posterior de Doumergue, demuestra que, lejos de querer o poder representar un frente de combate contra la

derecha, no expresaba más que el último respiro del este equívoco gobierno de izquierda, un equívoco que el capitalismo había dejado subsistir desde 1932 por los motivos que ya hemos indicado.

En respuesta a la manifestación reaccionaria del 6 de febrero, se han producido dos manifestaciones: una la han convocado los centristas, la del 9 de febrero, y se basaba en la consigna de la detención de Chiappe y la disolución de las ligas fascistas; la otra, la de Vincennes, la convocaron los socialistas, que pretendían reafirmar el apego del proletariado por la libertad y la defensa de la República amenazada por el “motín” del 6 de febrero. Al margen de estas dos manifestaciones de partidos políticos, está la huelga general que convocó la C.G.T. para rechazar a “los facciosos, los amotinados”, pues, “la ofensiva que se esbozaba desde hace algunos meses contra la democracia y las libertades públicas ya ha estallado”.

La base de la que parten estas tres manifestaciones del proletariado francés es la caída del gabinete Daladier. Por otra parte, Jouhaux, inmediatamente después de la dimisión de Daladier, se presentó ante él para expresarle las quejas de la C.G.T. ante el éxito de los “facciosos”, lo que daba a entender que la C.G.T. exigía que se mantuviera su ministerio.

Ya hemos dicho lo que representaba el gobierno Daladier, a saber, el último jirón del equívoco que el capitalismo había empleado para poder pasar luego al ataque sistemático contra la clase obrera. Todos los gestos políticos del ministerio Daladier están impregnados de esta sustancia equívoca: se quita de en medio al prefecto de policía, pero se le asciende; un alto mando de la policía pasa al Teatro Francés, mientras los socialistas y neo-socialistas –sin duda tratando de asegurar el éxito de las medidas draconianas de Daladier y de no dar pretextos a la derecha– afirman que ellos no habían pedido esas medidas gubernamentales.

La caída de Daladier, en la que nada tenía que ver el proletariado, determina los últimos acontecimientos de Francia. El propio centrismo, que convocó la manifestación del día 9 de febrero, llega a este resultado por otro camino, pues las reivindicaciones que plantea a la República sólo superan a las socialistas en demagogia, y no señalan en ningún momento las bases clasistas sobre las que el proletariado debe agruparse para luchar.

Sin duda, la huelga del 12 de febrero ha sido una gran muestra del poder de la clase obrera, pero si atendemos a las causas que la han motivado y a las consignas que se lanzaron en ella, llegamos a la conclusión de que, lejos de representar un momento de la lucha proletaria y de su victoria, se coloca en una línea opuesta, la que permite el triunfo del capitalismo. La manifestación de Vincennes confirma que, desgraciadamente, quien ha reconquistado posiciones decisivas en el proletariado ha sido la S.F.I.O.: los frutos de la escisión de Tours en 1920 se han perdido definitivamente.

El deber de la fracción de izquierda del P.C.F. es sacar dos lecciones de la experiencia de la huelga del 12 de febrero. Por un lado, poner en evidencia que la acción de masas ha sido posible porque, más allá de los chanchullos y las maniobras de los partidos políticos, ha sido el sindicato, el organismo unitario de la clase obrera, quien ha lanzado la orden de movilización. Por otro lado, el grado de degeneración del movimiento comunista ha hecho que la C.G.T.U. ni siquiera se haya planteado el problema de formar un frente único con la C.G.T., dejando que ésta recuperara su influencia en el proletariado parisino. En fin, si la huelga del lunes no ha tenido los resultados que los obreros esperaban, no es culpa de la clase obrera sino de las fuerzas enemigas que la dirigen. Sólo el continuo aumento de las luchas obreras permitirá hacer frente al capitalismo, a sus agentes socialistas, quebrar el plan centrista de cercar al proletariado francés y mundial alrededor del Estado soviético, que evoluciona hacia el imperialismo. Únicamente la construcción y el

desarrollo de la fracción de izquierda del P.C.F., al calor de las luchas obreras, puede devolver al proletariado la conciencia de sus objetivos contingentes y finales, condición indispensable para la futura victoria revolucionaria.

EL PLAN DE MAN

Nuestra época presenta un profundo anacronismo entre la evolución de las fuerzas de producción, que empujan al proletariado a tomar la dirección de la sociedad, y el capitalismo, que no sólo se ve obligado a liquidar las organizaciones revolucionarias del proletariado para no desaparecer de la escena histórica, sino que también debe esforzarse en restablecer el funcionamiento unitario de la sociedad alrededor de sus intereses de clase, a través de un nuevo material histórico ante el que el antiguo programa democrático parece anacrónico.

Las tempestades revolucionarias en el mundo entero obligan a todos los países (incluso a aquellos que no han tenido que enfrentarse a movimientos insurreccionales) a revisar las bases sobre las que se levantaba la sociedad burguesa de preguerra. La victoria del fascismo en Alemania ha sido la señal para la reorganización del capitalismo en todos los países: en Francia, Déat lanza el programa del neo-socialismo; Tardieu habla de que es necesario revisar la Constitución si no se quiere perecer. En Inglaterra, de manera menos destacada, se desarrolla un proceso análogo desde 1931, con la dislocación del gobierno laborista y la formación de la Unión Nacional. El proceso aún no ha llegado hoy a su pleno desarrollo, y las potentes reservas del Imperio Británico no lograrán que los acontecimientos se detengan en los resultados a los que se ha llegado en la Conferencia de Ottawa. En Norteamérica, Roosevelt ha promovido un plan de reconstrucción económica y “paz social” que se ha saldado con un gran fracaso.

En Bélgica, la huelga de mineros de julio de 1932 demostró que, debido a la particular situación de Bélgica, acorralada entre las dos principales fuerzas imperialistas europeas, la burguesía necesitaba dar nuevas soluciones al problema de su dominio. La ola de descontento proletario que acompañó a la instauración de los plenos poderes sólo pudo aplacarse gracias a la mascarada de los diputados, que aportaron millones de firmas al presidente de las Cortes pidiendo que estas se disolvieran, ahogando así el referéndum para desencadenar una huelga general. Pero aún subsistía el problema de canalizar al proletariado alrededor de la burguesía, una vez que los acontecimientos belgas y mundiales ya habían puesto fin a sus ilusiones de sabotear los intereses del proletariado a través del sufragio universal, el parlamento y la democracia en general. Para ello había que modificar la “estructura”, y aquí es donde aparece De Man con su plan. De Man había estado de Alemania, conocía de cerca su experiencia y se asignó como objetivo, no ya atacar a **la clase, haciendo que el capitalismo desencadene el movimiento fascista,**

sino a la inversa: señalar todas las maniobras que caracterizan al movimiento fascista para luego apelar al proletariado a que haga suyas las bases programáticas sobre las que el nazismo ha lanzado su ataque en Alemania.

La teoría socialista con la que el proletariado ha edificado todas sus organizaciones proletarias, con las que el proletariado ruso ha ganado su combate y el proletariado italiano, austriaco, chino y de todos los países ha librado sus luchas revolucionarias, todas estas teorías necesitan una reforma “estructural”. ¿Y por qué? ¿Quizá es que los acontecimientos han demolido estas teorías y la teoría del proletariado debe basarse, por tanto, en otras directivas? ¡Jamás en la vida! De Man no se preocupa en saber cuáles han sido los errores, al calor de las derrotas y las victorias del proletariado y a la luz de la evolución de la sociedad capitalista. El resuelve el problema así: el fascismo triunfa porque puede movilizar a las clases medias contra el hiper-capitalismo y porque logra comprometer al proletariado en defensa de la patria. El socialismo debe robar al fascismo su programa, cambiar el suyo, y si las condiciones económicas permiten que los organismos proletarios sobrevivan, transfigurados según este plan, se alejará el peligro fascista, pero a cambio el proletariado deberá renunciar a su lucha revolucionaria. El plan del jefe de la escuela revisionista socialdemócrata, de este autor que como muchos otros ha querido ir más allá del marxismo, responde a estas consideraciones y ha sido aprobado por el Partido Obrero Belga. **La importancia del plan no está en sus enunciados, sino en que trata de que los obreros se suiciden ante sus enemigos.**

El plan de trabajo del P.O.B. se basa en tres ideas centrales:

1.- Constata la evolución orgánica de la estructura del mundo capitalista. La libre competencia ha sido sustituida por el monopolio dirigido por el capital financiero. La relación que existe entre monopolio y proteccionismo ha hecho que la lucha entre “productores individuales sea sustituida por la concurrencia entre Estados”. Esta evolución ha provocado una tendencia al repliegue nacional de los Estados. Por tanto, hay que adaptar el socialismo a este “nuevo capitalismo”.

2.- La función actual de las clases medias, debido a su animosidad contra el capitalismo financiero, este hiper-capitalismo que les aplasta y les lleva a una situación de estricta dependencia (salarizado), les da un carácter menos reaccionario que en 1848, en la época de Marx. Así, su anti-capitalismo permite establecer un frente de lucha junto al proletariado para lograr una reforma estructural que reduzca el campo de actuación del capitalismo financiero.

3.- Esta lucha a través del sufragio universal, en el marco de la Constitución belga, permitiría obtener la mayoría necesaria para modificar la estructura del Estado y reformar la estructura económica, dejando de lado los anteriores objetivos socialdemócratas que iban encaminados a modificar el reparto.

En sus artículos en “*Peuple*”, H. De Man ha ido desarrollando estos puntos. La génesis del plan parte del punto siguiente: “la opinión según la cual el socialismo debe realizarse ante todo en el marco internacional reposa en una concepción ya superada por la evolución del capitalismo... La tendencia general de la evolución del capitalismo ha sufrido un vuelco. En lugar de continuar persiguiendo un mercado mundial cada vez más amplio, vamos hacia un nacionalismo económico que enfrenta cada vez más a unas naciones industriales con otras.” Según De Man, esta evolución, que “caracteriza el paso de una fase de progresión y de expansión a otra de regresión y repliegue”, obliga al proletariado a concebir la socialización como nacionalización, adaptando “la doctrina de la socialización a las transformaciones de la propia economía

capitalista”. Resumiendo, H. De Man estima que la nacionalización, “al dejar tal como está el régimen de circulación basado en el mercado, es decir, en el dinero como base para el cálculo de los precios, los salarios y la rentabilidad”, no sólo hace viable una “economía mixta” que no se aísla del mercado mundial y evite así el destino de “los intentos de nacionalización vacilantes y poco adaptados a la nueva situación que se produjeron en varios países europeos tras 1918”, sino que también permite acabar con el paro y orientar sensiblemente al proletariado hacia el socialismo.

Como todo “sociólogo” que se admira a sí mismo, De Man maneja el sofisma con bastante brío. Así, la clásica tesis del reformismo –tan querida por Joseph Wauters, antiguo ministro de Estado– que condenaba toda lucha revolucionaria dentro del terreno nacional si ésta no se producía simultáneamente en todos los países, se convierte en “una concepción socialista ya superada”.

Pero para la doctrina marxista, que sale al encuentro de los De Man y los Wauters, que se basa en las condiciones históricas del desarrollo del capitalismo en el mundo entero, las luchas revolucionarias que surgen en el terreno nacional tienen necesariamente un alcance internacional, pues son consecuencia de un proceso histórico que refleja la estrecha dependencia de las clases antagonistas a escala mundial. Por esto, cualquier lucha nacional del proletariado no puede llegar a buen puerto si no se inspira en las enseñanzas que se desprenden de la lucha del proletariado internacional, si no transporta esas enseñanzas a su campo específico de batalla.

Pero De Man no tiene intención de revisar su revisionismo para volver al marxismo; negar la tesis del reformismo clásico, que quizá pecaba de simplista, le sirve para precisar su concepción **activamente nacionalista** de la lucha obrera y relegar así al Museo de Antigüedades hasta la verborrea internacionalista, que era lo único que conservaba la socialdemocracia de su antiguo socialismo. Tendremos ocasión de hablar más tarde de este famoso aspecto del repliegue nacional. Examinemos ahora el problema principal. De Man, tras muchos otros, ha descubierto la tendencia actual del capitalismo: el repliegue nacional. Evidentemente, reconoce que “el carácter general e irresistible de esta evolución ya ha sido reconocido por ciertos teóricos del socialismo desde antes de finales del siglo pasado”, pero a él le corresponde el gran mérito de haber descubierto el “nuevo socialismo”, una necesaria adaptación a la evolución del capitalismo.

La tendencia de los Estados capitalistas a desarrollar el proteccionismo, una condición indispensable para formar monopolios y, por tanto, un aspecto concreto del repliegue nacional, es tan vieja como el propio capitalismo. Ya Engels, en una nota al III Tomo del Capital (página 118), hacía una observación sorprendente sobre el proteccionismo en relación a las industrias de exportación: “los capitalistas adquieren cada vez más la convicción de que las modernas fuerzas productivas, con su rápido y gigantesco desarrollo, escapan día tras día a las leyes de cambio que supuestamente deben regirlas. Estos dos síntomas lo deja en evidencia: 1º la nueva y universal manía de los derechos de producción, que se distinguen de la vieja idea proteccionista en que persiguen, ante todo, la protección de los artículos susceptibles de ser exportados; 2º los Cárteles y los Trust que se crean en las grandes ramas de la producción.” Por otra parte, Lenin, en su folleto vulgarizador “*Imperialismo, fase superior del capitalismo*”, insistió lo bastante en el carácter proteccionista de este nuevo capitalismo surgido de la concentración de las empresas y los bancos como para permitirnos afirmar que, en resumidas cuentas, el “descubrimiento” de De Man es simplemente un truco publicitario para sacar a la palestra una idea bastante vieja, como ya ha señalado muy oportunamente L. Blum en el “*Populaire*”.

El repliegue nacional, entonces, es una **tendencia orgánica del capitalismo**, una tendencia hacia una ganancia suplementaria que permite vender las mercancías en el mercado exterior a precios inferiores a los

de coste, una manera de proteger las industrias nacionales de débil composición orgánica. Que en un periodo de regresión del capitalismo esta tendencia orgánica se refuerce en la misma medida en que se acentúa la concentración y la monopolización de las ramas de la producción, que esta tendencia se refleje, en esta misma fase, en el establecimiento de una estrecha relación entre el Estado así reforzado y el capital financiero, no es más que un fenómeno **normal** de la economía capitalista, en un periodo en el que la preparación de la guerra necesita la máxima concentración capitalista en el plano nacional. Evidentemente, cada regresión trae sus “novedades”, pero esta novedad se refleja en un sentido de progresiva degradación. El nuevo capitalismo, las modificaciones en la estructura del capitalismo que De Man acaba de descubrir, se revelan como mistificaciones, términos pretenciosos para explicar el paso –que data del siglo XIX– del estadio de la libre competencia –que nunca existió en estado “puro”– al estadio del capital monopolista que abre la era del imperialismo. A este respecto, mucho antes que Henry De Man, Lenin ya decía que “el viejo capitalismo de la libre competencia y de la Bolsa, su indispensable regulador, se ha ido. Un nuevo capitalismo le sucede, aparentemente como algo transitorio, llevando a cabo una especie de combinación entre la libre competencia y el monopolio.” El proceso de transfiguración del capitalismo, que sustituye definitivamente la vieja lucha entre capitalistas aislados por la lucha entre Estados, instrumentos del capital financiero omnipotente, es pues un fenómeno específicamente capitalista, que se acelera tras los nuevos antagonismos de la posguerra. En primer lugar, esta aceleración no es producto de una evolución necesaria del capitalismo, sino de la derrota del proletariado internacional, el único que podría haber armonizado el desarrollo de las fuerzas de producción. Esta “crisis revolucionaria que se topa con la crisis capitalista” sólo podía llevar a una acentuación de las características específicas del mundo capitalista, a una absorción momentánea de los contrastes de clase que amenazaban directamente al sistema existente. Pero De Man no pretende rebajarse a una serie de fórmulas archiconocidas, quiere dar su particular significado al fenómeno capitalista: demostrar que las luchas obreras deben limitarse **naturalmente** a objetivos nacionales, tanto en su forma como en su contenido, que socialización significa nacionalización progresiva de la economía capitalista, o economía mixta. Con el pretexto de la “acción inmediata”, De Man llega incluso a proclamar que los obreros deben ajustarse a su “nación una e indivisible”, la cual presenta como el refugio supremo para los obreros así arbolados por la reacción capitalista. Estas son las consecuencias de la derrota revolucionaria en Alemania y de la degeneración creciente del Estado proletario.

LAS CLASES MEDIAS

Esto es lo que aporta De Man sobre este tema: “la pequeña burguesía de 1848 era liberal y democrática en el terreno político, pero monopolista en el terreno económico; la gran masa de las clases medias de hoy exige al Estado una política antiliberal y antidemocrática, pero se siente económicamente oprimida y explotada por los monopolios que detenta el capital financiero. Como no hace mucho, el anti-capitalismo de las clases medias viene acompañado de un “anti-proletarismo” que es producto del temor a verse empujados a las filas del proletariado y del deseo de elevarse por encima de éste. Pero este anti-capitalismo ha cambiado de carácter al cambiar el propio capitalismo. Desde ciertos puntos de vista, económicos y no políticos, este anti-capitalismo se ha vuelto menos reaccionario que el del siglo anterior. En efecto, se dirige contra un capitalismo que ha pasado de su fase progresiva a la regresiva, a medida que la competencia cedía su puesto al monopolio, la iniciativa patronal al dominio bancario y el librecambio al proteccionismo. Resumiendo, hoy podemos decir que la masa de las clases medias se opone al capitalismo monopolista, pero no al capitalismo competitivo, y se da cuenta de que tiene intereses en común con las masas obreras frente al capitalismo financiero, pero no frente a otras formas de capital.”

Así, según De Man la pequeña burguesía de 1848 era monopolista en el terreno económico. Sin embargo, hay una diferencia fundamental entre el monopolio y la corporación, y el hecho de que en el mismo artículo De Man hable de los “monopolios corporativos” no sólo lo confirma, sino que también demuestra que hay un poco de confusión en la cabeza de nuestro honorable profesor. El monopolio es el resultado de la concentración de empresas y capitales y de la eliminación de la concurrencia en las ramas fundamentales de la producción del capitalismo en determinados países. En este sentido, solo puede emplearse este término en el contexto de la economía capitalista. La corporación, en su forma más rígida, data de la Edad Media y se corresponde con la producción artesanal*. Paralelamente al desarrollo del comercio y la producción se producía una diferenciación de las funciones, que, desde entonces, dieron a las corporaciones una relativa reglamentación de la producción (limitación de la producción, del número de obreros, los precios, etc.). Es más, el desarrollo de la industria manufacturera, producto de las necesidades de un mercado que se expandía sin cesar, obligó a Turgot, ya en 1776, a abolir las corporaciones, gremios y cofradías, que eran obstáculos para el desarrollo de la burguesía. El edicto fue revocado ese mismo año, pero la Revolución Francesa, con la ley del 2 de julio de 1791, proclamó la libertad de trabajo y suprimió las corporaciones. Antes, pues, la corporación era monopolista, pero en un sentido absolutamente restringido, con el único objeto de limitar regionalmente la producción o de llegar a acuerdos entre productores independientes.

Por lo demás, ya bajo la monarquía absoluta, particularmente en los reinados de Luis XV y Luis XVI, las corporaciones estaban terriblemente dislocadas; se limitaban a acuerdos entre pequeños productores que subsistían sobre todo gracias a la tradición, pero que eran sacudidos constantemente por el desarrollo del comercio. Este hecho ha sido señalado por Jaures en su historia de la Revolución Francesa.

Esta confusión a la hora de evaluar dos términos diferentes permite a De Man establecer fácilmente sus “proporciones históricas”: la pequeña burguesía de 1848 era liberal y democrática en el terreno político, pero monopolista económicamente. Hoy ocurre lo contrario, ¡la pequeña burguesía es menos reaccionaria que en el siglo anterior, pues supuestamente lucha contra el monopolio capitalista, que se halla en una fase de regresión!

La pequeña burguesía de 1848, no sólo estaba lejos de desear un retorno a un inexistente “monopolio”, sino que sus tendencias económicas no se encaminaban a restablecer las corporaciones tal y como existían bajo la monarquía, algo que por otra parte no podía lograr ante el poderoso asalto del capitalismo. En esta época, la pequeña burguesía era reaccionaria no porque tuviera una concepción de la organización social opuesta al desarrollo objetivo de las fuerzas económicas, **sino por el simple hecho de hallarse entre las dos fuerzas antagónicas de la sociedad**: el feudalismo y la burguesía. Su falta de cohesión y sus intereses heterogéneos les impedían formar sindicatos de productores –que, por otra parte, habrían sido incapaces de oponer resistencia al capitalismo industrial–, la tendencia de cada pequeño burgués a producir más y mejor para poder ascender y pasar a formar parte de la burguesía, les impedía manifestar una tendencia económica particular que se distinguiese claramente de las otras clases en el terreno de la acción política. Esta particularidad le permitió a Engels decir, tras los acontecimientos de 1848, que los pequeño burgueses, “se debaten entre la esperanza de elevarse a las filas de la clase más rica y el miedo de verse reducidos a la indigencia; entre la esperanza de avanzar algún paso en su afán de conquistar una parte del poder político y el temor a provocar con su intempestiva oposición la cólera del gobierno, del que

* Según Waitling (“*Estudio histórico de las corporaciones profesionales de los romanos.*”), “las corporaciones ya existían antes de la antigua Roma, pero carecían de métodos reglamentados o de un aprendizaje impuesto y no existían los monopolios.”

depende su existencia, pues puede quitarles a sus mejores clientes; poseen pocos medios y su inseguridad es inversamente proporcional a su grandeza; la opinión de esta clase se caracteriza por su vacilación.” (*Revolución y contrarrevolución en Alemania*). Desde los inicios del siglo XIX, el desarrollo del capitalismo ha dado a la pequeña burguesía la sensación real de que es imposible luchar contra él y, al revés, el deseo de elevarse hasta él. Resumiendo, tanto desde el punto de vista político como económico, la pequeña burguesía no juega un papel progresista. Políticamente, su democratismo no era más que la expresión de su confianza en el porcentaje de población que representaban: “la pequeña burguesía es extremadamente numerosa en Alemania debido al escaso desarrollo de la clase de los grandes capitalistas e industriales en este país.” (Engels). Al ser mayoría, la introducción de la democracia y el liberalismo (que era considerado como un inconveniente necesario de la democracia) les daría la posibilidad de legislar la sociedad, de forma que podrían sobrevivir. Esto les llevó a apoyar a la burguesía, pero su lucha política conservaba el carácter claramente regresivo propio a su posición económica y a su papel de tampón entre las clases fundamentales de la sociedad.

A este respecto, podemos traer a colación otra cita de Engels: “La pequeña burguesía es valiente a la hora de jactarse pero impotente cuando hay que actuar, le aterran las empresas arriesgadas. La naturaleza mezquina de sus operaciones comerciales y financieras es una muestra eminente de su carácter irresoluto y carente de iniciativa; su actividad política no puede sino ofrecer las mismas características.” Así, tanto por su situación económica como por su actividad política, la pequeña burguesía de 1848 representa una clase reaccionaria. Los pequeños campesinos y agricultores eran quienes podían aportar algo progresivo en aquella época, por el hecho de que “se lanzaron principalmente a los brazos del partido revolucionario: por una parte, por el enorme peso relativo de los impuestos; por otra, por las servidumbres feudales que pesaban sobre ellos”. Ocurrió lo mismo con los funcionarios que luchaban junto a la burguesía para que se abolieran las jerarquías administrativas basadas en lazos de consanguinidad y pasaran a fundarse en los principios de la burguesía: la libre elección y el ascenso de los funcionarios según sus capacidades. Estas dos categorías sociales que lucharon por la abolición de las supervivencias feudales tuvieron, por tanto, un papel progresivo.

Pero De Man no tiene miedo a contradecirse: por una parte admite, con Marx, el carácter reaccionario del anti-capitalismo de las clases medias de 1848; por otra, habla de sus posiciones liberales y democráticas en el plano político. La modificación de la función de las clases medias en el presente periodo sería consecuencia de una atenuación en su carácter reaccionario, una atenuación que según los propios criterios de De Man sería más bien una... acentuación de este carácter. En efecto, en un estudio publicado en el “Boletín de la Banca Nacional de Bélgica”, De Man demuestra que sería ilusorio pretender volver al libre comercio: “sería ilusorio pretender imponerse a las tendencias hacia la autarquía nacional mediante un simple retorno al *laissez-faire* de nuestros abuelos, partidarios de la completa libertad de la competencia individual. Pues precisamente es este régimen de libertad el que ha dado lugar a los actuales monopolios, mediante el irresistible juego de la concentración de empresas, del creciente predominio del capital financiero y de la transmisión hereditaria de la potencia económica adquirida.”

Ahora bien, según De Man, lo que hoy caracteriza a la pequeña burguesía es precisamente esta tendencia ilusoria hacia el retorno al régimen de la libertad económica, una tendencia económicamente reaccionaria, pues el monopolio, como reconoce el propio De Man, es una forma superior de desarrollo económico. Pero, sin embargo, el hecho de que el capitalismo pase de un estadio progresivo a uno regresivo, según De Man, otorga a las clases medias unas características susceptibles de convertirlas en aliadas del proletariado, a pesar de sus utopías reaccionarias. De nuevo, De Man confunde sus deseos con la realidad:

que el capitalismo atravesase una fase regresiva no significa que clase revolucionaria tenga que rechazar el grado de desarrollo que han adquirido las fuerzas económicas, las cuales, por otra parte, dan a la burguesía su carácter reaccionario porque superan en amplitud los límites impuestos por las leyes de la plusvalía capitalista. Significa únicamente que el proletariado necesita armonizar el desarrollo económico hacia la construcción de nuevas relaciones sociales. **El proletariado no está en contra de los monopolios, así como en general tampoco está en contra del progreso industrial; únicamente lucha contra el modo capitalista de emplear todo el progreso económico, científico, etc., para que éste pase a beneficiar al conjunto de la sociedad mediante la supresión de las clases.** En una fase regresiva del capitalismo, la única clase que tiene valor revolucionario es el proletariado. En lugar de aplacarse, la pequeña burguesía ve como se acentúan sus particularidades propias del siglo pasado, debido a la violencia que adquieren las relaciones sociales entre las dos clases fundamentales. Su deseo de, como poco, subsistir, le solidarizan con la burguesía, contra la cual –como en 1848– no se atreve ni a reivindicar el retorno al antiguo libre comercio. El desarrollo fabuloso del capitalismo monopolista le da vértigo y una sensación definitiva de impotencia, por ello pide que el Estado se refuerce, pues en principio es el único que puede mantener el orden, protegiéndole de la tiranía de los monopolios, garantizándole un mínimo necesario para subsistir o vegetar. En la medida en que el proletariado se agita violentamente, amenazando directamente el capitalismo, y tiene la posibilidad de plantear en un determinado momento la toma del poder, puede llegar a neutralizar a la pequeña burguesía, instaurando un orden que garantice su pequeña existencia. Pero una vez ha pasado esta ola, cuando el proletariado recula, cuando organiza huelgas parciales, generales, avanza, retrocede y emprende de nuevo el camino de la huelga, entonces la pequeña burguesía, enervada por esta inseguridad social, buscando un Estado fuerte, se gira hacia su apoyo natural, quien le garantiza un miserable privilegio que a veces se refleja únicamente en esa superioridad “moral” del pequeño burgués. Éste se inclinará hacia el capitalismo, le rogará que imponga orden en el país y le ayudará a masacrar al proletariado –sin poner en riesgo “sus bienes y su vida”, por supuesto–, verá con satisfacción la llegada del fascismo, que agravará sus condiciones de existencia pero al menos hará que reine “el orden en Varsovia”.

Sin embargo, De Man, dándonos gato por liebre, aporta un complemento esencial para comprender el problema: las nuevas clases medias, que dependen del capitalismo porque son generalmente asalariadas, se sienten amenazadas por compartir la suerte del proletariado, pero no muestran un anti-obrerismo tan acentuado como los pequeños comerciantes, pequeños traficantes que se enfrentan directamente a los trabajadores. Sin ellas es imposible formar un frente de trabajo que otorgue una mayoría al P.O.B. y le permita sacar adelante su plan. No obstante, las nuevas clases medias no tienen una función distinta al conjunto de las clases medias, desde el punto de vista político. El propio De Man, aunque hable de unir el anti-capitalismo de las clases medias con la lucha de la clase obrera, se ve obligado a precisar que se trata de “ciertas capas” de las nuevas clases medias, las mejor pagadas, para las que “la proletarización no significa tanto angustia material como pérdida de independencia”. Pero ocurre todo lo contrario, estas capas de clases medias mejor pagadas –funcionarios, técnicos, universitarios– están ligadas a la burguesía, de la que tratan de formar parte mejorando su situación. El hecho de ser asalariados no les confiere virtudes intrínsecas, pues aunque su salario no supere el del obrero, su “educación” permite que subsista esta división de clase que le separa del proletariado. Su dependencia frente al capitalismo, su incapacidad para hacerle frente, su separación del proletariado, sus diversos intereses, no sólo les impiden tener aspiraciones específicas, sino que les hacen más bien aliados del capitalismo que del proletariado, al que están obligados a despreciar para poder ocupar, aunque sea exteriormente, una posición social superior e intermedia. Las clases medias, viejas o nuevas –pues nosotros no vemos ninguna razón para establecer distinciones fundamentales, sobre todo a favor de estas capas mejor pagadas–, estarán ligadas al capitalismo mientras el

proletariado, con su acción revolucionaria, no logre conmover a la sociedad lo suficiente como para crear las condiciones que permiten edificar un nuevo orden. En un periodo regresivo del capitalismo que coincide con un reflujo revolucionario, las clases medias, cobardes y bizantinas en general, se inclinan hacia las fuerzas más brutales del capitalismo y le piden que limpie la sociedad de la inseguridad que él mismo fermenta, retomando una expresión de Kautsky sobre las nuevas clases medias en su polémica contra Bernstein.

LAS REFORMAS ESTRUCTURALES

Por reformas estructurales, el Sr. De Man entiende hacer “posible un mejor reparto mediante una transformación del régimen encaminada a lograr una mayor renta nacional, es decir, una producción más adaptada a las necesidades del consumo y que se desarrolle paralelamente a este.” He aquí una descripción de todo esto: “la reformas en el reparto pretenden cortar un trozo más grande en una tarta de una dimensión dada; las reformas estructurales pretenden hacer que la tarta sea más grande.” (Discurso a la comisión sindical en Bélgica).

Las reformas estructurales se derivan del hecho de que la crisis hace imposible luchar por reformas en el reparto, pues éstas “no benefician a una clase sino en la medida en que perjudican a otras”. Por lo que “todo aumento de las cargas sociales en beneficio de la clase obrera se traduce en un aumento de las cargas fiscales del conjunto de la población”. Dentro de la clase obrera “los esfuerzos corporativos por mantener un nivel de vida soportable van creando progresivamente un enfrentamiento entre los intereses inmediatos de unas corporaciones y otras: los mineros no pueden combatir su miseria si no vinculan el movimiento de sus salarios al movimiento de los precios del carbón, cuyo aumento perjudica a otras corporaciones obreras, en primer lugar sobre los ferroviarios y la población en general.” Y De Man concluye de esta forma: “Cada vez es más difícil cortar pedazos suficientes en una tarta que se reduce; pero cada vez estamos más capacitados para hacer otra tarta, a medida que esta reducción permite que las clases medias y los ambientes industriales comprendan que no hay otro remedio a la situación.” La vergonzosa vanidad del reformismo aparece con toda claridad en las formulaciones de este “teórico socialista”. Por una parte, se afana en dar una apariencia de verosimilitud a una idea reaccionaria desmentida por la lucha obrera; y por otra, trata de conducir definitivamente a la lucha proletaria hacia una vía muerta.

Según el reformismo, la crisis económica actual hace imposible cualquier lucha reivindicativa de la clase obrera, incluso las defensivas. De Man deja caer esta idea general en la cita que hemos señalado. Lo cierto es que en semejante periodo ninguna lucha parcial puede salir victoriosa si no se generaliza o al menos recibe el apoyo del conjunto de la clase obrera. En un periodo de crisis económica, cada patronal pone a prueba el grado de resistencia del conjunto de la clase, en la medida en que se ve obligada a reducir sus gastos de producción a través de la disminución de los salarios y la reducción de las cargas sociales. En semejante coyuntura, la lucha aislada de una corporación es un absurdo inventado por De Man (absurdo que en la práctica se traduce en la clásica maniobra del reformismo de tratar de aislar las batallas, es decir, de que acaben con una derrota). Por el contrario, las luchas parciales de los trabajadores, de las corporaciones, deben desembocar en un movimiento del conjunto de la clase, una tendencia que se refleja espontáneamente, al menos en países como Bélgica, en la consigna de huelga general. Es perfectamente ridículo pretender, por ejemplo, que los mineros puedan salir victoriosos de una lucha sin que los ferroviarios y otras corporaciones comprendan inmediatamente que deben seguir su ejemplo, so pena de sufrir las consecuencias. Por lo demás, esa es una de las razones que llevan al capitalismo y a sus agentes reformistas a estrangular cualquier movimiento corporativo, para que no se generalice entre toda la clase

obrero: ahí está el ejemplo de la huelga de julio. Desde el punto de vista de la situación económica en tiempos de crisis, la tesis de De Man no sólo es absurda, sino que es el reflejo de una postura capitalista que consiste en impedir cualquier batalla obrera en este periodo, cuando reina una constante inestabilidad en el conjunto de la sociedad.

El problema esencial para lograr esas reformas estructurales reside en transformar legalmente el propio Estado. Con una mayoría anti-capitalista, constituida gracias a la oposición (!) de las clases medias al capitalismo financiero, el P.O.B podría limitar el campo de acción del monopolio financiero, desposeerle de manera pacífica y en el contexto de la Constitución belga. Resumiendo, lucha electoral para derribar al capitalismo. Ante esto, sólo hay que echar un vistazo a los últimos quince años de luchas obreras. En particular, los obreros alemanes fueron masacrados por atreverse a concretar su deseo de modificar la estructura de la sociedad en la conquista previa del poder político. Y quienes les masacraron fueron aquellos que, como Noske y Scheideman, se hallaban al frente del Estado alemán; aquellos que proclamaban que se necesitaban reformas estructurales pacíficas, pues sus tratos con el capitalismo eran cada vez más amistosos; aquellos que decían que gracias a su mayoría electoral se establecería el socialismo en Alemania. El ascenso del fascismo al poder ha reducido a la nada estas posiciones reaccionarias y ha planteado el problema en su verdadero terreno: la lucha armada de los proletarios por la conquista del poder. Toda la función de las reformas estructurales de H. De Man, pues, consiste en llevar la verdadera lucha de los trabajadores a un terreno irreal en el que parece ser que se hace imposible tanto la lucha para defender los intereses inmediatos como la lucha histórica del proletariado. Y todo esto en nombre de una reforma estructural que, tanto en su concepto como en sus medios, está hecha para que la burguesía refuerce su Estado de clase, reduciendo a la clase obrera a la impotencia. Esto lo demostraremos en el análisis concreto del plan, que trata el problema del Estado y de su reforma, así como de las medidas destinadas a construir esta nueva tarta susceptible de mejorar la situación de la clase obrera y del conjunto de la sociedad.

NACIONALISMO BURGUÉS E INTERNACIONALISMO PROLETARIO

La primera conclusión que podemos sacar de las premisas del plan de trabajo del P.O.B. es su nacionalismo, que le distingue de la fraseología internacionalista de la socialdemocracia tradicional. “Primero el Plan Nacional”, dice H. De Man en *“Peuple”*: ¡el socialismo ha evolucionado! Tratando de mantener la democracia en el terreno político y de producir, en el dominio económico, una mejora material para la clase obrera sin modificar el vigente régimen de propiedad de los grandes medios de producción, el socialismo bien puede contentarse con “un concepto doctrinal, y por tanto absoluto, del objetivo final”. Hoy, con la evolución del capitalismo, tras los fracasos de la S.D.N y del B.I.T.⁹, de quienes se esperaba que lucharan por el socialismo “ante todo en el contexto internacional”, es hora de renegar hasta de las frases que hacen referencia a esta noción ya superada de Internacional. El socialismo integral y absoluto implicaría necesariamente una economía mundial, por consiguiente “un Estado socialista se hallaría ante este dilema: o bien hacer inmediatamente la revolución mundial, para someter al resto del universo al mismo régimen, o bien condenarse al total aislamiento económico respecto al resto del mundo.”

El plan De Man es pues claramente “nacional-socialista”. En su punto de vista fundamental, no se distingue nada del “nacional-socialismo” fascista. Igual que este, trata de limitar el campo de la acción

⁹ *Bureau International du Travail* (Oficina u Organización Internacional del Trabajo), creada en 1919 por los firmantes del tratado de Versalles en el marco de la Sociedad de Naciones.

histórica del proletariado al terreno nacional, negando toda posibilidad de contacto, ayuda o inspiración en las luchas y las experiencias del proletariado de otros países y, por ello, le obliga a forjar su conciencia de lucha sobre el terreno de los intereses particulares de su propio capitalismo. Igual que este, exalta la comunidad de intereses entre el capitalismo y el proletariado, la necesidad de actuar nacionalmente, mientras se afirma, como Hitler, que sus intenciones internacionales son pacíficas.

En la posguerra, hasta que Hitler llegó al poder, la socialdemocracia alardeaba de su terminología internacionalista para conservar su influencia. Gracias a la victoria de la revolución rusa y a los intentos insurreccionales de Alemania, Hungría e Italia, los antagonismos de clase adquirieron espontáneamente, tras la guerra, una dirección mundial, en el sentido de que tanto las victorias como las derrotas hacían progresar las luchas revolucionarias, gracias a la experiencia que se sacaba de ellas.

El socialismo integral, o mejor dicho, la revolución mundial, en este periodo, era el objetivo del proletariado, que se apoyaba en Rusia y estaba dirigido por la I.C. Se consideraba que la lucha revolucionaria es un problema de continuidad internacional, de la misma forma que el capitalismo no existe más que como sistema de dominio social mundial.

El proceso de intercambio entre los sectores nacionales del mercado capitalista, el movimiento de exportación de capitales, hacen que se extiendan los antagonismos inter-imperialistas, que por lo demás representan un aspecto concreto e indispensable del funcionamiento del sistema capitalista mundial. La evolución de estos antagonismos puede llevar a la guerra o cruzarse con el desencadenamiento de movimientos revolucionarios. Para que ocurra esto último, el proletariado de un determinado país debe asimilar la experiencia del resto del proletariado, que lucha contra un régimen capitalista análogo en unas condiciones específicas que dependen del grado de desarrollo de los países capitalistas. Esta comprensión, sintetizada por el partido, permite al proletariado desplegar una lucha de carácter internacional contra la burguesía, al concentrar el grado máximo de conciencia al que ha llegado el conjunto de los obreros del mundo entero. El socialismo integral, para el marxismo, representa la relación entre el Estado proletario victorioso y la lucha del proletariado mundial. Este problema no lo ha sabido resolver ni la U.R.S.S. ni la I.C. En el nº 2 de *Bilan* ya hemos planteado que este es el problema que el proletariado deberá resolver en las futuras revoluciones.

El ascenso del fascismo en Alemania cierra un periodo decisivo de la lucha obrera. Los contrastes inter-imperialistas que permitieron encauzar los antagonismos sociales hacia el internacionalismo proletario han girado hacia el extremo opuesto, el estallido de la guerra, gracias al triunfo del centrismo en la I.C. y en el Estado proletario. La socialdemocracia, que fue un elemento esencial en estas derrotas, también es un elemento para la reconstrucción de la vida orgánica del capitalismo y, en este sentido, paralelamente al repliegue nacional de la burguesía, que constituye una expresión concreta de la agudización de las contradicciones imperialistas, emplea un nuevo lenguaje para proseguir su función, rechazando un internacionalismo verbal que ya no es necesario y pasando francamente a la preparación ideológica de los proletarios para la defensa de "su nación". La llegada del fascismo a Alemania ha hecho añicos la posibilidad de que triunfe la lucha del proletariado polarizado alrededor del Estado soviético, y ahí es donde hallamos la verdadera fuente de la que bebe el plan De Man. Este representa el intento concreto de sancionar, mediante una adecuada movilización, la derrota sufrida por el internacionalismo revolucionario y de preparar ideológicamente al proletariado para que pueda incorporarse a la lucha que lleva a cabo el capitalismo por desencadenar la guerra. Por eso su nacional-socialismo tiene la misma función que el nacional-socialismo de los fascistas.

En principio, la evolución de una función social se explica partiendo de la forma que presentaba anteriormente. Así, H. De Man trata de adornar el carácter nacionalista de su plan empleando argumentos “internacionales”, afirmando con energía que el plan es anti-nacionalista en lo que atañe a sus perspectivas. He aquí un catalogo de referencias: “No dudo en afirmar que si el socialismo belga tuviera que renunciar a su internacionalismo para conquistar el poder gubernamental y la nacionalizar parcialmente la economía, yo sería el primero en decir: ¡ni un paso más en esa dirección!” Gracias a una economía nacional dirigida podemos evitar esta renuncia, como lo demuestra De Man: “el objetivo principal de la autarquía es reducir todo lo posible las importaciones, lo que no puede lograrse si no se reducen las exportaciones. Ahora bien, para Bélgica esto supondría la muerte. Por lo tanto, tanto para poder comprar las materias primas y los productos que necesita como para poder pagarlas con las exportaciones, debe, al contrario, desarrollar su comercio exterior a la vez que desarrolla su mercado interno, que para el plan es prioritario... ¿Acaso todo esto no es más fácil si se pone orden a la economía nacional siguiendo las directivas del plan, reduciendo el precio de coste de los productos que Bélgica exporta?, ¿y acaso para ello no es necesario librar a nuestras industrias del peso muerto de una maquinaria que en dos terceras partes es inservible, de la manutención de un ejército de parados y de los exagerados gravámenes que se terminan pagando a quienes suministran el crédito y fuerza motriz?”

De todo esto se deduce que nuestro sapientísimo sociólogo descuida admirablemente sus propias premisas a la hora de demostrar su teoría. Así, después de descubrir en sus primeros artículos que las modificaciones de la estructura económica obligaban a crear un nuevo socialismo para este nuevo capitalismo, tras demostrar doctamente que el repliegue nacional era resultado del propio desarrollo de la estructura económica mundial, De Man reduce el problema de este repliegue de la economía nacional a las sencillas proporciones de los **balances comerciales** de una economía nacional, que dirigida con ayuda de los presupuestos del Estado puede liberar a las empresas del peso que actualmente las aplasta. Así, la tarea internacionalista del proletariado consiste en ayudar al desarrollo del comercio exterior del país, aceptando los sacrificios necesarios para sacar la industria a flote. En fin, se trata de un “internacionalismo” que si bien no es específicamente proletario, engloba a toda la “Nación”. Esta es la idea de De Man, que trata de esconder sus descubrimientos iniciales para convencer a quienes podrían salir corriendo ante su **activo nacionalismo**. Éste se muestra como una necesidad accidental que los obreros podrán hacer desaparecer si se adhieren totalmente a él. Pero el propio De Man nos muestra con bastante claridad qué tipo de nacionalismo predica hoy la socialdemocracia, cuando presenta en las columnas de “*Peuple*”, inmediatamente después de definir de este “nuevo nacionalismo”, una solución ultra-chovinista a los problemas de defensa nacional.

(Continuará).

MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL – BÉLGICA

La Liga de los Comunistas Internacionalistas de Bélgica ha transformado recientemente su boletín mensual mimeografiado en un boletín impreso. *Bilan* saluda el progreso de este núcleo de revolucionarios que, a pesar de tener divergencias con nuestra fracción, ha expresado su deseo de trabajar para el rearme ideológico del proletariado internacional y no se detiene ante las excomuniones, las afirmaciones dogmáticas y las idioteces de esos revolucionarios que creen que “todo está definitivamente resuelto”.

Aconsejamos vivamente a nuestros lectores que lean este boletín, en que se reflejan las dificultades reales y los esfuerzos del proletariado belga –así como del proletariado internacional– para dotarse de un verdadero partido de clase.

Boletín de la Liga de los Comunistas Internacionalistas de Bélgica.- Redacción-Administración: A. Hennaut, Calzada de Waterloo, 468.

NATURALEZA DEL PARTIDO

En el 5º Congreso de la I.C. la izquierda rechazó la propuesta de R. Fisher-Zinoviev, que pretendía que aceptáramos el frente anti-trotskyista a cambio de concedernos la dirección del partido italiano, en el que una mayoría aplastante acababa de confirmar nuestras posiciones. Tras el 5º Congreso, debía reunirse el 3º del partido italiano. Reproducimos aquí un importante artículo escrito por Bordiga respecto a la organización del partido basada en células.

Del Manifiesto Comunista:

“Los obreros empiezan a coaligarse contra los burgueses, se asocian y unen para la defensa de sus salarios. Crean organizaciones permanentes para prepararse en previsión de posibles batallas. De vez en cuando estallan revueltas y sublevaciones.

Los obreros arrancan algún triunfo que otro, pero transitorio siempre. El verdadero objetivo de estas luchas no es conseguir un resultado inmediato, sino ir extendiendo y consolidando la unión obrera. Coadyuvan a ello los medios cada vez más fáciles de comunicación, creados por la gran industria y que sirven para poner en contacto a los obreros de las diversas regiones y localidades. Gracias a este contacto, las múltiples acciones locales, que en todas partes presentan idéntico carácter, se convierten en un movimiento nacional centralizado [es decir, en una lucha que se extiende por todo el territorio nacional y que adquiere luego carácter internacional (A. Bordiga)], en una lucha de clases. Y toda lucha de clases es una acción política. Las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, necesitaron siglos enteros para unirse con las demás;

el proletariado moderno, gracias a los ferrocarriles, ha creado su unión en unos cuantos años.

“Esta organización de los proletarios como clase, que tanto vale decir como partido político, se **ve minada a cada momento por la concurrencia desatada entre los propios obreros** (subrayado por nosotros). [...] Además, como hemos visto, los progresos de la industria traen a las filas proletarias a toda una serie de elementos de la clase gobernante, o al menos les colocan en las mismas condiciones de vida. Y estos elementos suministran al proletariado nuevas fuerzas.

“Finalmente, en aquellos períodos en que la lucha de clases está a punto de decidirse, es tan violento y tan claro el proceso de desintegración de la clase gobernante latente en el seno de la sociedad antigua, que una pequeña parte de esa clase se desprende de ella y abraza la causa revolucionaria, pasándose a la clase que tiene en sus manos el porvenir. Y así como antes una parte de la nobleza se pasaba a la burguesía, ahora una parte de la burguesía se pasa al campo del proletariado; en este tránsito rompen la marcha los intelectuales burgueses que han adquirido la inteligencia teórica del conjunto del movimiento histórico.

“De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía no hay más que una verdaderamente revolucionaria: el proletariado. Las demás perecen y desaparecen con la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto genuino y peculiar.

“Los elementos de las clases medias, el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el labriego, todos luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales clases. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores.”

De las tesis del segundo Congreso de la Internacional Comunista:

“El Partido Comunista se distingue de la clase obrera porque concibe todo el camino histórico de ésta, en su conjunto. Porque en el curso de este camino, no sólo defiende los intereses de grupos o corporaciones particulares, sino los de toda la clase obrera.”

De los estatutos del Partido Comunista de Italia, aprobados por unanimidad en el Congreso constituyente de Livorno:

“El órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado es el partido político de clase. El Partido Comunista reúne a la parte más avanzada y la más consciente del proletariado, coordinando los esfuerzos de las masas trabajadoras, llevándolas de las luchas por intereses particulares y resultados contingentes a la lucha por la emancipación revolucionaria del proletariado.”

Los “puntos de la izquierda”, en su primera y esquemática redacción, no dicen nada distinto de estos conocidos textos fundamentales. Efectivamente, podemos leer: “El partido es el órgano que sintetiza y unifica los impulsos individuales o de ciertos grupos, provocados por la lucha de clases. La organización del partido, como tal, debe situarse por encima de las categorías particulares y reunir, sintetizándolos, los elementos que provienen de las distintas categorías de proletarios, campesinos, desertores de la clase burguesa, etc.”.

Este conocido y preciso punto no debería dar lugar a discusión. Si esta se plantea es debido a nuestras dudas sobre el hecho de que la organización basada en células de fábrica –que ha pasado a ser la

forma organizativa fundamental, exclusiva incluso, del partido— responda a una de las funciones fundamentales que debe tener el partido: superar el individualismo y el particularismo de las categorías.

Sin embargo, el sectarismo y los prejuicios de nuestros interlocutores hacen que, más que una discusión entre militantes de la misma causa, esto parezca un despliegue organizado de falsa propaganda. Por supuesto, no me refiero a las intenciones de nuestros interlocutores, sino al resultado práctico de las posiciones que defienden.

Los escritos que se han ido publicando sobre este tema no hacen más que repetir los argumentos del texto que precedió a la aparición de nuestros “Puntos”, un método a la vez ridículo y sabio. Por tanto nos atenderemos a este texto.

Frente a todas nuestras deducciones críticas, se **traduce** de tal manera la formulación de los “Puntos” que se invierten los términos de la discusión. Ante la idea de las células, nosotros sobre todo hacemos hincapié en la unidad de clase del partido. En cambio, según ellos, afirmamos lo opuesto, cuando todo el mundo sabe que siempre hemos sido los más encarnizados defensores de este fundamental criterio de clase del marxismo. Nosotros afirmamos que el partido es “el órgano” que sintetiza y unifica los impulsos individuales y colectivos que provoca la lucha de clases, lo que significa que tiene que combatir y vencer al espíritu egoísta y particularista que se presenta por doquier como un primer momento y primer efecto de la crisis social, según nuestro análisis materialista. Y según nuestros interlocutores, para nosotros el propio partido es una **síntesis** (una palabra que en el comunicado de las juventudes se convierte en mera **suma**) de elementos sociales dispares. Parece ser que nos oponemos a que el partido englobe sólo a una parte de la clase proletaria y estamos a favor de una organización “entre-clases”, empleando el sorprendente término que se han inventado para la ocasión. Según ellos, para nosotros es esencial que en el partido existan elementos no proletarios: profesores, ingenieros, etc., pues ellos son los únicos revolucionarios comunistas, y no los obreros, que no podrían salir de su estrecho espíritu de categoría. Sobre este punto es sobre el que se ha porfiado más. Siempre se trata de lo mismo, ejercer una presión demagógica sobre los camaradas obreros con el objeto de presentarnos como intelectuales **elitistas** que desprecian a los trabajadores, Nuestros demagogos centristas ven la paja en ojo ajeno y no la viga en el propio. Me gustaría señalar como algo sintomático el hecho de que este argumento haya sido empleado desde hace años y años contra la izquierda marxista por todos los oportunistas mencheviques que, mientras, hacían gala de su vergonzoso **obrerismo** y su **adulación cortesana** a los obreros.

Ya que algunos camaradas podrían pensar de buena fe que, al rechazar las absurdas opiniones que los centristas nos adjudican para establecer más cómodamente su confusionismo, quizá yo también esté haciendo demagogia y maniobrando para atraer a algunos camaradas vacilantes, citaré otro documento para aclarar las dudas, unos párrafos de las tesis de Roma:

“1.- En su actividad, el Partido Comunista, partido político de la clase proletaria, se presenta como una colectividad que trabaja bajo una dirección unitaria. Los impulsos iniciales que conducen a los elementos y grupos de esta colectividad a organizarse para la acción unitaria, son los intereses inmediatos que las condiciones económicas suscitan en grupos de la clase trabajadora. Una característica esencial de la función del partido comunista es que emplea las energías así encuadradas para lograr unos objetivos que, al ser comunes a toda la clase trabajadora y al situarse al término de toda una serie de luchas, superan, unificándolos, los intereses de los grupos particulares y las reivindicaciones inmediatas y contingentes que plantea la clase trabajadora.

“2.- La integración de todos estos impulsos elementales en una acción unitaria se manifiesta a través de dos factores principales: uno es la conciencia crítica, de la que el

partido extrae su programa; el otro es la voluntad, que se refleja mediante la organización disciplinada y centralizada del partido, que es el instrumento para su acción. Sería erróneo considerar estos dos factores, la conciencia y la voluntad, como facultades que se presentan o deben exigirse a todos los individuos, ya que éstas sólo se obtienen integrando la actividad de muchos individuos dentro de un organismo colectivo unitario.”

Después de poner a cada uno en su sitio y antes de pasar al problema de las células, hay que precisar algunas cosas sobre la cuestión de la función de los intelectuales. Tal y como dice Marx en el pasaje citado del **Manifiesto** y en otras partes, nosotros admitimos que en el partido de la clase obrera pueda haber elementos no proletarios. Pero el punto que más nos interesa no es el papel de los intelectuales, sino el acercamiento y la completa fusión de elementos **obreros** de diferentes categorías y oficios. El carácter fundamental de la organización del partido tiende a poner en contacto a obreros que no sólo tienen en común su mera necesidad cotidiana de ganarse unos “cuartos”, sino que persiguen la conquista revolucionaria de una nueva forma social. En esta asociación obrera (a la que los obreros se adhieren por su carácter político y no profesional, como es el caso de los sindicatos), participa excepcionalmente una restringida minoría de intelectuales que el proletariado emplea en el sentido señalado por Marx. La experiencia demuestra que estos intelectuales, así como los obreros que han ascendido a la categoría de jefes del movimiento, corren el riesgo de convertirse en agentes de la burguesía, algo que el proletariado debe evitar mediante determinadas garantías organizativas. Pero el hecho de que el partido se base en la adhesión individual, que implica aceptar su programa político, tiene a pesar de todo una gran ventaja, pues permite luchar contra este espíritu particularista que se desarrolla sobre todo gracias a “la concurrencia desatada entre los propios obreros”, haciendo que todos los obreros comprendan que si son comunistas, no es sólo porque luchan por mejorar su situación individual en la presente sociedad, o la de su categoría, o la de todo el proletariado, sino porque luchan por la victoria de su clase, la clase que fundará la sociedad sin clases. También hay que tener en cuenta que el actual monopolio de la cultura por parte de la clase burguesa hace que el movimiento comunista no pueda prescindir de la ayuda de escritores, propagandistas y teóricos.

En el texto citado, los centristas juegan con la idea de que el partido puede arreglárselas sin intelectuales, profesores, etc. (veremos que desgraciadamente esto no es del todo verdad), exponiendo a su manera la teoría de la participación de los intelectuales en el partido y poniendo en boca de Marx lo contrario de lo que dice en el pasaje citado. Para ellos, los intelectuales eran necesarios en un primer periodo, pero luego, al desarrollarse el proletariado, sus jefes surgen de sus propias filas. En cambio, según Marx, el proceso de desertión de los elementos burgueses continúa hasta que “la lucha de clases se aproxima a su solución”. Por otra parte, mil circunstancias desmienten la tesis de los centristas: los jefes procedentes de las filas obreras han demostrado ser tan capaces para el oportunismo y la traición como los intelectuales y, en general, son incluso más susceptibles a las influencias burguesas. Por otra parte, tanto la Internacional Comunista como el partido bolchevique tuvieron y tienen intelectuales al frente, y no sólo en la última fase de la revolución, sino también después. Para colmo, el centro de nuestro partido está compuesto de profesores y abogados, por lo que no es muy apropiado que echen pestes sobre sí mismos. Hay que recordar que, en la época de Livorno, el porcentaje de intelectuales en nuestro partido era muy bajo; sólo había treinta abogados en todo el partido (ver el informe del C.C. en el Congreso de Roma), los obreros abundaban tanto en el Comité Ejecutivo como en el Central. Las cosas cambiaron cuando la

izquierda fue apartada y se impuso la fusión con los “Terzini”*, que aportaron más abogados que obreros. Hoy día no hay ningún obrero en el Ejecutivo.

En el pasaje citado, Marx no se refiere explícitamente a los intelectuales, habla en general de los desertores de la burguesía. Si nos dejamos guiar por sus concepciones, habría que determinar que clase y qué categorías sucumben o sobreviven con la eclosión de la gran industria. Ahora bien, si lo que se pretende es “bromear” aludiendo a los ingenieros, bien podemos señalar que, con la centralización y la colectivización de la gran industria, los que desaparecerán serán precisamente estos abogados y profesores de una filosofía más o menos idealista y burguesa, reaccionarios por definición. Pero vayamos al grano: nos presentan un esquema del partido bajo el título de “bolchevización” que presume de mantener estrechos lazos con la clase obrera, pues se basa en células de fábrica, pero, ¿acaso los intelectuales, tan despreciados en las asambleas de las secciones territoriales, no juegan aquí ningún papel? Desgraciadamente sí, los intelectuales conservan la función más importante. Son ellos precisamente, como **funcionarios**, quienes ponen en contacto a las diferentes células. Ahora bien, según mi opinión, el punto delicado de la cuestión de los “jefes” no reside en su origen más o menos proletario, sino en su calidad de funcionarios del movimiento. Esto es lo que les lleva a acomodarse a la rutina burocrática, a desligarse luego, poco a poco, de los intereses revolucionarios de los obreros, cuya vida en cambio es bien precaria y se encuentra constantemente amenazada. No hay duda de que a este respecto la Tercera Internacional ha supuesto una potente reacción frente a la gangrena que envenenó a la Segunda, pero de lo que se trata es de ver qué garantías ofrece uno u otro sistema organizativo.

La cuestión de los “revolucionarios profesionales” se vincula a la de las células. Dado que los funcionarios son indispensables, se trata de que el encuadramiento del partido elimine el peligro que representan. Pero el partido bolchevique ruso, en la época del zarismo, planteó este problema de manera muy diferente a la que plantean los partidos comunistas de los países en los que existe un régimen burgués desde hace mucho tiempo. Estas diferencias merecen un atento examen. Se trata de las diferentes relaciones que existen entre la clase de los patrones industriales, el Estado y su policía política. En la Rusia de los zares, la fábrica era menos peligrosa que la calle, mientras que en la liberal Inglaterra ocurría precisamente lo contrario. En suma, lo importante es el medio en el que se desenvuelven los funcionarios, que en realidad carecen de verdadero contacto con los obreros sobre la base de una “igualdad organizativa”, algo que bajo el zarismo podía ser revolucionario debido al continuo y terrible peligro. Y este análisis no es ilegítimo ni escandaloso, pues en el segundo Congreso, en el que Lenin estableció las bases de la Internacional, aunque tuviera presente la experiencia de las células en Rusia no esbozó un criterio organizativo semejante al que hoy parece indispensable y fundamental. En ninguno de estos documentos clásicos: Estatutos de la Internacional, 21 condiciones de admisión, tesis sobre el papel del partido y tesis sobre las tareas de la Internacional, se hallará rastro alguno de todo esto. Se trata de un “hallazgo” algo más tardío que vamos a ver si podemos contextualizarlo en el proceso de desarrollo de la Internacional. Pretendemos aclarar el significado de la experiencia rusa de las células en el periodo precedente a la revolución para poder apreciar si debemos aplicarla a los actuales partidos en los diferentes países. No nos

* Los “Terzini” eran la fracción de extrema izquierda del Partido Socialista, dirigida por Maffi-Serrati. Tras la segunda escisión en este partido (1922) y la salida del ala derecha reformista, los terzini iniciaron relaciones independientes con la I.C., no controladas por el partido comunista italiano, ya lo dirigido por los centristas. En el 5º Congreso de la I.C. (1924), los terzini se fusionaron con el partido.

referimos sólo a Italia, sino a toda Europa y Norteamérica, donde el paso de la monarquía feudal al parlamentarismo burgués es ya un hecho consumado. Esto lo entiende hasta un niño.

Sin embargo, según nuestros interlocutores, nosotros nos limitamos a la situación italiana. Y con un “dicen” y unos magníficos “evidentemente”, afirman que para nosotros la cuestión se reduce a estos extremos: en Rusia había un régimen de terror, en Italia hay uno de libertad. Y así aprovechan para lanzar un llamamiento vergonzoso y demagógico a los obreros italianos víctimas del fascismo, diciendo que pretendemos convencerles de que las **conquistas pacíficas** son posibles. ¿Pero quiénes son los que siempre han hablado de conquistas pacíficas en Italia? El hecho es que en Rusia, ya lo señalaba Marx, el peligro de que el proletariado se apartara de su tarea política revolucionaria dejándose llevar por intereses particularistas lo había alejado la situación histórica, que pronosticaba inevitablemente que la cuestión del Estado y del poder político pronto estaría a la orden del día. El aparato estatal de zarismo estaba podrido, por lo que los obreros se podían plantear este problema fundamental. Entre tantas desventajas, esta era una especie de ventaja, que no encontramos en los países occidentales ni en Italia, pues el fascismo, aunque suprime toda libertad y la posibilidad de conquistas pacíficas (“entrando como un elefante en la cacharrería”), no deja de ser un régimen específicamente burgués, de los patronos de la industria, que no proyecta deshacer la revolución liberal burguesa. La cuestión es que aquí la policía del Estado está a disposición del patrón de la fábrica, que resiste y se refuerza gracias al gobierno fascista, mientras que en Rusia existía un antagonismo histórico entre el aparato político tradicional zarista y la nueva clase industrial, un antagonismo que el proletariado podía aprovechar.

Es típico de nuestros centristas-mencheviques pensar que el fascismo es un régimen no burgués, un retorno al dominio de otras clases distintas de la burguesía capitalista. Aunque los hechos se encarguen de echar por tierra este esquema a diario, la política impuesta al partido se basa siempre en esto. Nosotros no comparamos a Rusia con Italia en ese sentido. Nuestro juicio sobre la situación en nuestro país no se basa en eso.

Respecto a las conquistas pacíficas, no sólo creemos que son imposibles, sino que siempre hemos combatido a quienes pensaban que eran útiles y las consideraban como el objetivo final de la lucha del proletariado. Son maniobras defensivas burguesas que persiguen los mismos objetivos que la opresión y la ofensiva fascista. Ciertamente, hay que ser un “caradura” para presentar nuestras opiniones de esta forma. Pero necesitan presentarnos como derechistas a cualquier precio y bajo cualquier pretexto.

Nuestra crítica al sistema de las células nos permite ver que está viciado de federalismo. Los centristas, a su vez, responden dando su propia definición de federalismo. Según ellos una organización federal se basa en que el voto de las organizaciones de base no depende del número de adherentes, sino que cada una tiene un solo voto equivalente. Pero el desarrollo del sistema de células nos lleva justamente a eso, pues los problemas se discutirán en las reuniones de estas células y se votarán en medio de grandes dificultades. Sin embargo, la característica distintiva del federalismo es otra: los adherentes no están ligados al centro, sino a un organismo de naturaleza y unidad particulares. El conjunto de estos organismos de primer grado forman la base de la estructura superior. Desde el primer momento, la pertenencia a estos organismos clasifica y diferencia a los adherentes del organismo general. En este sentido, son federalistas el Partido Laborista y los sindicatos; no porque se basen en células, sino porque son asociaciones de asociaciones con características distintas, ya sea la profesión de los adherentes u otras cosas por el estilo. Desde la Internacional se ha llevado a cabo una viva campaña durante el 5º Congreso contra el partido

noruego, este aceptaba la adhesión de organizaciones económicas y sindicales pero no adhesiones individuales. La Internacional argumentaba que este tipo de organización federal es contrarrevolucionaria. Ahora bien, existe cierta analogía entre esta estructura y la de las células. Esto lo demuestra, entre otras cosas, el imprudente lenguaje de los centristas: el tipo de partido noruego, efectivamente, concuerda perfectamente con las absurdas peroratas acerca de los intelectuales en las asambleas de trabajadores.

Nosotros afirmamos que el obrero, dentro de la célula, sólo podrá discutir cuestiones particulares y de carácter económico que afectan a los trabajadores de una determinada fábrica. El intelectual seguirá interviniendo, si no con la fuerza de su elocuencia, con el monopolio del centro del partido, **zanjando** todas y cada una de las cuestiones: la política del partido se confía al cuerpo de funcionarios, típica característica de los organismos federales y oportunistas. Recientemente, la Internacional ha tenido que intervenir en el partido alemán para evitar que se otorguen estatutariamente poderes políticos a las conferencias de funcionarios que no hayan sido elegidos por la base: estos hechos se puede evitar formalmente, pero amenazan con convertirse en una realidad con la llamada bolchevización.

En conclusión, hay que restablecer una tesis marxista fundamental, que dice que el carácter revolucionario del partido lo determina la correlación de fuerzas sociales y los procesos políticos y no la forma o el tipo de organización. Lo contrario es caer en el error del sindicalismo o de los semi-sindicalismos que pululan por doquier, entre los cuales la doctrina “ordinovista”^{*} es un caso especial. Originalmente, estos hallaron la fórmula organizativa mágica, los consejos de fábrica, y reducían todo a esto: partido proletario, revolución económica, Estado obrero. En todas sus manifestaciones hay un poso de utopía antimarxista y antileninista, pues los problemas se abordan, no ya en base a un análisis de las reales fuerzas históricas, sino a partir de una magnífica constitución, de un plan organizativo con su reglamento. La posición ideológica errónea respecto al problema de las fracciones, a la que asistimos también hoy, tiene el mismo origen y conduce a prohibir o estrangular a “las fracciones”.

Los medios empleados por los organismos proletarios que actúan revolucionariamente en determinadas situaciones no dependen del encuadramiento organizativo, de las recetas del tipo: sindicatos, cooperativas, consejos de fábrica, guildas, células, comités de obreros y campesinos, etc.... Estos no son más que formas y nosotros debemos ocuparnos del contenido de los intereses sociales que están en juego, de las fuerzas en lucha y la dirección hacia la que se encamina el movimiento.

El partido comunista se distingue del resto de partidos o asociaciones por la clase de la cual procede, por su programa de lucha y su método táctico, no por el tipo formal de su organización. Un partido sólido y organizado, como nosotros pretendemos que sea, no se forma con procedimientos artificiales, sino con la máxima correspondencia entre los principios y la táctica y con una política claramente original, en eso reside la originalidad de la clase revolucionaria.

Hoy, en cambio, tendemos a fabricar una organización **sui generis**, empleando métodos burgueses.

Al reaccionar contra este error utópico y sindicalista, pretendemos negar la tesis según la cual la diferencia entre el partido comunista y el socialdemócrata es que el primero se organiza en células y el segundo territorialmente. Como hemos visto, ocurre lo contrario, pues la organización basada en células, al debilitar el centralismo, precisamente se acerca más a las organizaciones socialdemócratas, aunque algunos

^{*} *Ordine Nuovo* era el órgano de un círculo de intelectuales adheridos al P.C.I. y dirigidos por Gramsci. Antes de la fundación del Partido Comunista, este órgano proponía los Consejos de Fábrica como forma organizativa fundamental de la clase obrera, a la vez que rechazaba las propuestas de la fracción abstencionista de crear el Partido Comunista.

se esfuercen en demostrar que permanece fiel a ese centralismo. Según la crítica de la Internacional Comunista, el federalismo siempre viene acompañado de la peor dictadura burocrática, en esto también se parece a las organizaciones socialdemócratas.

Unità, septiembre de 1925.
Amadeo BORDIGA

“Mientras las clases no hayan sido abolidas, hablar de libertad y de igualdad es engañarse a sí mismo, a los obreros, así como a todos los trabajadores y los explotados por el capital; en definitiva, equivale a defender los intereses de la burguesía. Mientras las clases no hayan sido abolidas, en toda discusión sobre la libertad y la igualdad hay que plantearse al menos estas cuestiones: libertad, ¿para qué clase y para hacer qué? La igualdad, ¿de qué clase y con qué clase?, ¿bajo qué relaciones exactamente? Obviar estas preguntas, directa o indirectamente, consciente o inconscientemente, significa inevitablemente defender los intereses de la burguesía, los intereses del capital y de los explotadores. Si guardamos silencio sobre estas cuestiones, sobre la propiedad individual de los medios de producción, la consigna de libertad e igualdad no es más que una mentira y una hipocresía de la sociedad burguesa, que mientras reconoce formalmente la libertad y la igualdad, enmascara la servidumbre y la desigualdad económica de los obreros, de todos los trabajadores, de todos los explotados por el capital, es decir, de la inmensa mayoría de la población de todos los países capitalistas.”

LENIN

AL MARGEN DE UN ANIVERSARIO

A partir de la traición total de la Segunda Internacional y de la victoria revolucionaria en Rusia, surgieron los partidos comunistas como expresión de la voluntad revolucionaria de las masas, los nuevos instrumentos de la lucha proletaria para tomar el poder. Hoy, con la muerte de la Tercera Internacional, para poder reanudar la lucha revolucionaria, se plantea como una necesidad esencial ese mismo problema de la reconstrucción de los partidos de clase capaces de cumplir su misión histórica, pero en una situación objetiva mucho más desfavorable. Efectivamente, en la posguerra la burguesía se hallaba en una situación muy inestable, aún sacudida por las consecuencias de la guerra, cuando el Estado proletario luchaba por la revolución mundial en estrecha relación con el movimiento obrero que se desarrollaba en otros países.

Actualmente, a pesar de hallarse ante la crisis económica más profunda que ha conocido, la burguesía dispone de un aparato estatal mucho más fuerte, capaz de reprimir de manera sangrienta; el proletariado ha salido derrotado en todas partes y sus organizaciones de clase han sido liquidadas en varios países; el Estado proletario, en lugar de representar el centro propulsor para la lucha revolucionaria, ha sancionado su divorcio con el proletariado mundial y ha entrado en el juego de la competición imperialista.

En una fase como esta de regresión profunda del movimiento obrero y su desarrollo ideológico, sin duda es útil recordar el proceso a través del cual se formó el Partido Comunista Italiano, cuyo 13º aniversario se acaba de cumplir. Creemos que es nuestro deber poner en evidencia los problemas fundamentales a los que tuvo que hacer frente este partido, pues nos parece útil que el movimiento internacional conozca las circunstancias que han presidido la formación del Partido Comunista en Italia, en la fase en que nos encontramos de reconstrucción de las bases ideológicas de los nuevos partidos proletarios. Quizá parezca pretencioso afirmar que si el centro de la Internacional Comunista no hubiera luchado obstinadamente contra la dirección de izquierda del P.C.I., muy probablemente los métodos que propugnamos y las posiciones políticas que defendemos habrían permitido al proletariado mundial conservar el poder revolucionario en Rusia y las organizaciones de la I.C.

Lo que resulta más extraño al examinar el camino recorrido por la fundación del P.C.I. es que los bolcheviques combatieran un sistema organizativo que ellos habían reivindicado y puesto en práctica en su propio partido ruso. En 1903, el partido bolchevique se fundó sobre una delimitación, una escisión, que no fue provocada únicamente por cuestiones políticas, sino también por cuestiones organizativas, es más, consideraron que las cuestiones organizativas son cuestiones esenciales de principios. Es decir, que cuando los bolcheviques levantaron las bases de su partido, llevaron esta restricción hasta el límite, y gracias a esta cristalización inicial estuvieron preparados para las batallas revolucionarias de 1917. En Italia, la izquierda pretendía proceder de la misma forma a la hora de construir el Partido Comunista, aunque debido a unas circunstancias internacionales e históricas que analizaremos más abajo, no podía llevar los límites de su definición hasta el extremo que lo hicieron los bolcheviques en 1903. Y sin embargo, algunos años después de fundarse el Partido Comunista, el reproche de la “escisión demasiado a la izquierda” salió de Rusia; la orden para que los Espartaquistas y los Independientes se fusionaran en el Congreso de Halle salió de Rusia; y también salió de allí la consigna de tolerancia para el Congreso de Tours del Partido francés, en el que se llegó a admitir a elementos social-patriotas como Cachin y Frossard.

Es evidente que los bolcheviques no cambiaron súbitamente su concepción del procedimiento de formación de los Partidos Comunistas. Esencialmente, se situaban ante una perspectiva histórica que hacía posible eludir el difícil camino recorrido por el Partido Bolchevique. Lenin y los bolcheviques, en 1918-1920, contaban con que pudiera desencadenarse inmediatamente la revolución mundial y por ello concebían la fundación de los Partidos Comunistas en los distintos países como otros tantos puntos de apoyo para la obra revolucionaria del Estado ruso, un elemento esencial para la conmoción del mundo capitalista.

La experiencia y la evolución de la I.C. y del Estado obrero demostraron, una vez más, que las perspectivas contingentes, sea cual sea su importancia, no deben afectar a las cuestiones de principio. Corresponde exclusivamente al camarada Bordiga el mérito de haber expresado en 1920, ante Lenin, la necesidad de conservar en todos los países la experiencia que aplicaron victoriosamente los bolcheviques.

La fracción abstencionista del Partido Socialista Italiano se propuso, pues, seguir ese proceso de transformación en Partido y llevar a cabo la escisión en el seno del Partido Socialista para fundar la sección italiana de la I.C. Pero en 1920, le era imposible llevar esto a cabo, pues al contrario que en 1903, la izquierda contaba con la I.C. y la fundación del Estado obrero en Rusia. Debían primar las consideraciones internacionales, por lo que la reagrupación del proletariado italiano para fundar su partido sólo podía hacerse sobre las mismas bases que habían dado lugar al nacimiento de la I.C. Lo cierto es que la única corriente del movimiento italiano que convergía con los bolcheviques era la fracción abstencionista. Esta, en efecto, sostenía las mismas posiciones que Lenin sobre la guerra imperialista, y fue la primera que planteó en Italia la realidad comunista de la revolución rusa, presentándola según las concepciones fundamentales del marxismo.

Los elementos del partido italiano que empleó el Ejecutivo de la Internacional para llevar a cabo sus maniobras en su lucha contra la izquierda, en ningún momento lucharon dentro del Partido Socialista junto a Bordiga durante la guerra. Y ya en la posguerra, presentaron la revolución rusa como un mentís a las posiciones esenciales y de clase del marxismo, mientras que sobre la cuestión de fundar el partido, no fueron sino el reflejo italiano -con *Ordine Nuovo*- del movimiento que se desarrolló en Inglaterra y los Estados Unidos, que tendía a suprimir el significado del Partido, sustituyéndolo por los Consejos de Fábrica, que pretendían realizar una transformación orgánica, desde dentro, de la sociedad capitalista a la sociedad comunista.

Sobre la base de su adhesión a la I.C., se funda el Partido Comunista de Italia. La crónica de las relaciones del Ejecutivo de la Internacional con las diferentes corrientes del Partido Socialista ha dado lugar a un equívoco que los centristas no han podido explotar debido a su anterior compromiso y a que el aporte de la fracción abstencionista para fundar el Partido fue abrumador. Lenin escribió una carta a *Ordine Nuovo* solidarizándose con las conclusiones políticas de una de sus resoluciones, en la que se incluían las posiciones defendidas por la fracción abstencionista y no decía nada de la teoría de los Consejos de Fábrica y de la unidad del Partido con los reformistas, dos tesis que le gustaban mucho al grupo de *Ordine Nuovo*.

Reprochar a la fracción abstencionista haber fundado el Partido en Italia junto a *Ordine Nuovo* sería algo completamente arbitrario. En principio ni siquiera había posibilidad de acuerdo, pues el grupo de *Ordine Nuovo* no hacía sino adherirse al material ideológico de la fracción abstencionista, a la que permaneció hipócritamente fiel hasta 1922, cuando se aprobaron las Tesis de Roma. Desde una perspectiva general, la fracción abstencionista no podía plantearse una delimitación ideológica del partido sobre la base de las posiciones antiguamente defendidas por *Ordine Nuovo*, sobre todo porque esas bases para formar nuevos partidos comunistas sólo podían salir del centro mismo de la encrucijada de la revolución mundial.

Lo único que podía hacer la fracción abstencionista era trasladar a un plano internacional este enfrentamiento político, que no se podía resolver en el contexto limitado del Partido italiano. Eso es precisamente lo que hizo inmediatamente después de fundar el Partido, impulsando abiertamente una polémica con la I.C. en todas las cuestiones en litigio y rechazando la vía de las maniobras y los compromisos que sofocaban tanto las divergencias políticas como la posibilidad de elucidarlas.

Examinemos, pues, la actividad de la fracción comunista abstencionista en estos meses decisivos de 1919-1920, la primera y única corriente comunista en el movimiento obrero italiano, en realidad.

En efecto, el movimiento obrero italiano nunca había tenido que luchar por cuestiones de principio. La limitada contribución de Italia al bagaje teórico internacional es sintomática. Exceptuando los excelentes y breves Ensayos de Antonio Labriola y la contribución de “Crítica Social”, que esencialmente era una vulgarización del marxismo, sólo nos quedan los escritos de la escuela sindicalista, de Arturo Labriola y de Leone, que además estaban muy influidos por Sorel.

El Partido Socialista, fundado sobre el programa de Erfurt, únicamente aportó su programa mínimo de reivindicaciones y un intento de programa agrario. Las “históricas” divergencias entre Turati y Ferri, que coparon los trabajos de varios congresos, se reducían a una mayor o menor intransigencia electoral, a la cuestión de si participar o no en los gobiernos burgueses. Si releyéramos hoy las polémicas que precedían a los congresos nos sorprenderíamos de la pobreza de los argumentos.

La izquierda del P.S.I., que bajo el nombre de “Socialistas Intransigentes Revolucionarios” obtuvo la victoria en el Congreso de Reggio Emilia de 1912, tampoco tenía más sustancia teórica: Bissolati y sus camaradas fueron expulsados tras apoyar la expedición de Trípoli y su visita a los Tribunales. La intransigencia respecto a las elecciones municipales y la expulsión de los masones fueron los temas discutidos en el Congreso de Ancona.

Respecto a la guerra, la fórmula del P.S.I., ni apoyar ni sabotear, era extremadamente equívoca.

La aparición de la fracción abstencionista cambió radicalmente este estado de cosas.

El P.S.I. se adhirió formalmente a la I.C. en marzo de 1919 sin haber cambiado ni su estructura ni sus métodos de lucha. Sólo adoptará posiciones definitivas frente a la I.C. y la revolución rusa en vísperas del Congreso.

La fracción abstencionista presentó una moción pidiendo que el partido adoptara el nombre de Partido Comunista Italiano y que, como corolario de esta transformación, expulsara de sus filas a quienes proclamaban la posibilidad de que el proletariado se emancipara dentro del contexto de un régimen democrático y repudiaban los métodos de la lucha armada contra la burguesía para instaurar la dictadura del proletariado.

La moción también pedía que el partido se abstuviera de las luchas electorales, **aunque al mismo tiempo proponía participar activamente en estas campañas electorales explicando cuales eran las razones comunistas de esta actitud.** El partido debe movilizar todas sus fuerzas para: 1º precisar y extender entre la clase obrera la conciencia histórica de la realización integral del programa comunista; 2º crear los órganos

obreros y los medios prácticos de acción y de lucha necesarios para ir escalando las etapas sucesivas que llevan al objetivo final.

Esta moción se desarrolló en una serie de artículos que aparecieron en el *Soviet*, que a la sazón era el órgano de la fracción:

“El **partido de clase** es quien representa al proletariado que lucha contra los poderes de la burguesía. Pero para cumplir su tarea, el partido debe abandonar la elección de representantes en los organismos de la democracia burguesa, y los motivos para ello son evidentes. El partido debe componerse de elementos preparados para las responsabilidades y los peligros de la lucha que surgen en los periodos de insurrección y de reorganización social. El partido de clase, si no renuncia a delegar sus representantes en los organismos burgueses, no puede adquirir este significado ni estar en condiciones de llevar a cabo el asalto al poder burgués para sustituir el régimen de democracia parlamentaria por el sistema soviético.”

El Congreso nacional del Partido Socialista se celebró en Bolonia, en octubre de 1919. La cuestión electoral estaba en el orden del día. Los delegados que aspiraban como poco al cargo de consejero municipal formaban un bloque compacto contra estos “aguafiestas” representados por la minoría de delegados de la fracción abstencionista; un bloque que iba desde Turati hasta el grupo de *L’Ordine Nuovo*, pasando por Serrati, que estaba a favor de participar en las elecciones, **pero que se oponía a cualquier escisión y, por tanto, a crear el verdadero partido de clase.**

En noviembre, 156 diputados socialistas entraron en el parlamento, y poco después las elecciones municipales dieron 2.500 alcaldes “rojos” al partido socialista.

El *Soviet* analizaba así los resultados (tercer año, nº 1, 4 de enero de 1920): “la preparación de la vanguardia del proletariado y su conciencia del desarrollo histórico representan las únicas las condiciones revolucionarias positivas para la victoria del proletariado en su lucha contra la burguesía y contra las dificultades que se alzan frente la organización de un nuevo orden social. ¿En qué medida se han desarrollado estas condiciones? Para nosotros la victoria electoral, el aumento de parlamentarios socialistas, no nos ha dado ninguna ventaja; este tipo de victorias sólo tienen valor para los frívolos socialistas y ciertas capas pequeñoburguesas. **La condición esencial para el éxito del movimiento revolucionario es la existencia de un verdadero y sólido partido comunista**, que reúna y anime las mejores energías de la clase obrera. Este partido se forma a través de la descomposición de los partidos obreros tradicionales y la liquidación de este socialismo burgués y transigente del periodo de preguerra.

“Ahora bien, cuando el Partido Socialista Italiano, con dirección y mayoría “maximalista”, se niega a separarse de los reformistas anti-comunistas con la excusa de que eso pondría en riesgo su éxito electoral, aún estamos lejos del verdadero partido de clase.”

Zinoviev, en nombre de la I.C., escribía en su mensaje al Congreso Socialista de Bolonia: “Lo que hace falta **es claridad en los objetivos y en el programa. La dictadura del proletariado a través de los soviets, la destrucción de los parlamentos burgueses democráticos**, que son las armas de la dictadura burguesa, **la creación de un ejército rojo**, esas son las tareas para las cuales se unen internacionalmente los proletarios revolucionarios.”

El Congreso de Bolonia respondió a esta petición de claridad en los principios permitiendo que el bloque que formaban Turati y consortes permaneciera en el partido. Estos proclamaban que la táctica comunista o era una chiquillada o una locura.

A la cuestión de la destrucción de las instituciones democráticas, se respondía con bacanales electoralistas que daban alas a las ilusiones legalistas, sobre todo en un proletariado como el italiano que en su mayoría tenía una conciencia de clase muy poco desarrollada y muy infectada por el contagio electoralista.

En lo que concierne a la constitución de los soviets, Gramsci y el grupo de *Ordine Nuovo* afirmaban que en Turín ya existían... en la forma de Consejos de Fábricas (otros afirmaban que los municipios socialistas eran los núcleos de los futuros soviets).

El Soviet desplegó una intensa polémica contra este engreimiento de los camaradas turineses, que les hacía perder de vista que la tarea primordial era crear el partido de clase a escala nacional. “El grupo de *Ordine Nuovo* sobreestima el problema del control obrero al considerar que, gracias al nuevo método organizativo en la fábrica, el proletariado puede conquistar directamente el control, arrebatándoselo a la burguesía e imponiendo una especie de comunismo en la economía **antes** de haber conquistado el poder político, tarea para la cual **el partido** es el órgano específico.

“El verdadero control obrero de la producción no es posible sin que antes el poder político haya pasado a las manos del proletariado.

“El Estado burgués sólo podría consentir un pseudocontrol por parte de los Consejos de Fábrica, **que en realidad representaría una maniobra reformista** con el objetivo de paralizar la acción revolucionaria del proletariado.”

Los camaradas de Turín, durante las batallas obreras de abril de 1920, no vacilaron en plantear el problema del control obrero de la producción como una cuestión “de principios”.

Estas huelgas de Turín del mes de abril, no fueron sino el prologo de las que se produjeron posteriormente, durante la segunda ola del movimiento en septiembre de 1920 y que desembocaron en la ocupación de las fábricas.

Los camaradas de Turín, en lugar de recitar el “mea culpa”, se quejaron de la traición de los reformistas y la debilidad del partido socialista, pero, en definitiva, **ellos mismos eran responsables de lo ocurrido, al haber dejado de lado el trabajo de formar el partido comunista y haber tolerado un partido socialista corrompido por la práctica reformista, aplastado bajo el peso del fetichismo de la unidad y preocupado únicamente por los éxitos electorales.**

En mayo de 1920, se celebró la Conferencia Nacional de Florencia de la Fracción Comunista Abstencionista. Una vez más las intervenciones del camarada Gramsci, por el grupo *Ordine Nuovo*, y de Gennari, por la mayoría maximalista, no permitieron llegar a ningún acuerdo; la fracción elaboró sus tesis, **que subrayaban de nuevo la necesidad de construir el partido comunista a escala nacional.**

El segundo Congreso de la Internacional Comunista, que tuvo lugar en junio de 1920, señala una etapa decisiva en el trabajo de preparación para formar este partido.

Bordiga fue invitado directamente por la Internacional Comunista a participar en este Congreso, en el que presentó su tesis antiparlamentaria, según la cual **en los países en los que existe un régimen**

democrático desarrollado desde hace tiempo, la agitación por la dictadura proletaria debía basarse en el boicot a las elecciones y a los organismos democráticos burgueses, partiendo de los principios marxistas.

Añadía que, como en la práctica se le da tanta importancia a la participación en las elecciones, existe un doble peligro: por una parte, da la impresión de que es la **actividad esencial**; por otra, absorbe todos los recursos del partido y le lleva casi a abandonar completamente la acción y la preparación del movimiento en otros terrenos.

Lo que necesita la revolución es un partido centralizado que dirija la acción proletaria. La vieja máscara democrática debe caer para pasar a la acción directa revolucionaria.

Como sabemos, Lenin también se posicionó contra la tesis antiparlamentaria de Bordiga y la participación en las elecciones se aprobó por una amplia mayoría de los delegados.

En su réplica, durante el Congreso, Bordiga declaró que aunque la Internacional rechazara sus tesis, que condenaban el apoyo proletario a la democracia, la izquierda italiana estaba dispuesta a someterse a sus resoluciones.

Y de acuerdo con esta declaración, en un artículo titulado “La disciplina en la Internacional”, *El Soviet* (nº 27, 31 de octubre de 1920) **confirmaba su plena adhesión al segundo congreso de la I.C. y declaraba que los abstencionistas, una vez se constituyera el partido comunista, participarían sin reservas en las elecciones.**

En Moscú, terminaron planteándose las bases para la formación de una fracción comunista unitaria del partido socialista italiano, formada por nuestra fracción abstencionista, el grupo de *Ordine Nuovo* y una parte de los maximalistas. Esta unión se complicó debido la ruptura definitiva con Serrati, que se había pronunciado en Moscú contra la **expulsión** de los reformistas y a favor de una simple **depuración**, ¡exigiendo su derecho a realizarla en el momento más favorable y útil para la revolución que preparábamos en Italia!

La fracción comunista del partido socialista de Italia se constituyó en la Conferencia de Imola, en noviembre de 1920, y se dio a sí misma la tarea de organizar el trabajo preparatorio para que en el Congreso Nacional de Partido Socialista que debía celebrarse en Livorno en enero de 1921 naciera el Partido Comunista de Italia.

Nuestra actividad no fue infructuosa. Si bien el Partido Comunista, a pesar de nuestro esfuerzo, se formó demasiado tarde, en un periodo en el que ya no se trataba de llevar al proletariado a la victoria, sino de proteger su retirada para evitar la debacle, al menos **logramos dar al nuevo partido su sello ideológico y su método organizativo**, aunque numéricamente no éramos más que una débil minoría.

La fundación del Partido Comunista Italiano, en enero de 1921 tras la escisión de Livorno, significó la unión del proletariado italiano al proletariado internacional, dotándose del guía indispensable para la instauración de su dictadura de clase. Esta fundación se produjo poco después que la del Partido Comunista Alemán en Halle y la del partido francés en Tours, pero los principios que se plantearon como base de la fundación del partido italiano eran completamente diferentes a los de estos partidos. Nuestra escisión fue la primera que se hizo realmente a la izquierda, sin obedecer a los cálculos oportunistas que después se han pagado tan caros en otros países.

En Italia, como en todas partes, la fundación del partido dependió en gran parte de la actitud respecto a la guerra, pero esta era una posición contingente que entrañaba la incorporación de elementos puramente pacifistas a los partidos comunistas. Mucho más importante era la postura frente a la Revolución Rusa. Pero ésta aún se encontraba en una fase de bloqueo y debía hacer frente al ataque del capitalismo coaligado contra el primer Estado proletario. Aún era una nebulosa indefinida y simbólica que atraía las simpatías de elementos sentimentales y superficiales.

En el segundo Congreso de la I.C. se votaron las 21 condiciones que pretendían hacer de alambre de espino frente a los oportunistas, pero la insuficiencia y la atenuación de estas condiciones en la práctica no impidieron que aquellos se colaran y **continuaran con la misma política de compromiso y de colaboración con la burguesía bajo la enseña de la hoz y el martillo.**

En Italia, como hemos visto, nosotros intentamos evitar estos peligros con la práctica abstencionista y mediante la escisión a la izquierda llevada a cabo en Livorno.

Insistimos en la cuestión del abstencionismo, aunque no tenga más que un valor histórico, porque es un argumento recurrente de nuestros adversarios.

Se olvidan de que cuando lanzamos esta consigna en Italia estábamos en una fase en la que la conquista del poder estaba a la orden del día, o eso nos parecía, y por lo tanto se trataba de no desviar el impulso revolucionario hacia las luchas electorales que daban a los obreros la impresión de que con métodos legales se podían lograr conquistas radicales. Los hechos demostraron que nuestra apreciación era correcta: tras salir elegidos 156 diputados, los obreros lo esperaban **todo**, pero estos diputados **no hicieron nada**, y en verdad nada podían hacer.

Ahora que todo ha pasado, es muy fácil acusarnos de que nuestra perspectiva era falsa, demasiado optimista respecto a las posibilidades que ofrecía la situación, pero en cualquier caso, siempre podremos responder que **la propia burguesía se ha visto obligada a barrer todas sus instituciones democráticas para instaurar su nueva forma de dictadura de clase.**

Nos queda el problema de la escisión a la izquierda —demasiado a la izquierda nos dicen—, **que está relacionada con el problema del partido de masas.** Es evidente que partido de masas no significa tener un partido pletórico a cualquier precio, sino un partido que ante todo posea capacidad revolucionaria. El problema de las masas no puede plantearse desde el punto de vista del número de adherentes al partido, pues incluso el partido bolchevique, con sus dos o tres millones de adherentes, no es un partido de masas comparado con los 160 millones de habitantes de Rusia. **El verdadero partido de masas es el partido que sabe arrastrar a su lado a capas cada vez más numerosas de trabajadores, estableciendo una relación íntima entre los intereses inmediatos y prácticos de la lucha cotidiana con el interés más general del conjunto de la clase hacia la liquidación del régimen de opresión capitalista.**

Cuando se fundó el P.C., los derechistas de la I.C. consideraban a Serrati como un “verdadero” revolucionario y, al aferrarse a los Bombacci, Graziadei, etc., tenían una “opinión falsa” de los dirigentes del nuevo partido y particularmente de Bordiga.

Esto se debía a la incompreensión que siempre ha mostrado la I.C. sobre la verdadera situación en Italia, de la que es buen ejemplo el hecho de que en los momentos decisivos envió un representante que brillaba por su nulidad y su apatía y que, por tanto, no era más que un fiel ejecutor de las órdenes de Moscú.

Tras el Congreso de Livorno, el Comintern maniobró para sustituir a Bordiga por Gramsci en el Ejecutivo del partido comunista, pues sabía perfectamente que Gramsci era un elemento susceptible de adaptarse a la política que desarrollaba la I.C.

Si Tasca, que fue enviado a Moscú cuando ya había caído en desgracia (con el objeto de “revisar” los archivos del Partido), publicara los documentos de los que guarda copia, podríamos constatar el trabajo que cumplió Gramsci bajo la presión del Ejecutivo de la I.C. con el fin de formar una fracción centrista en el Partido Comunista Italiano¹⁰, un típico ejemplo de fracción creada contra la voluntad de la base, como lo demostró la Conferencia Organizativa de 1924, en la que la izquierda obtuvo una gran mayoría. En esta época, la izquierda ya hacía tiempo que había dejado la dirección del Partido. Tras el IV Congreso de la I.C. de noviembre de 1922, siguió al frente del partido únicamente por razones de disciplina¹¹ (de la que dio numerosas muestras). Aunque fue la primera corriente en divergir con la I.C., fue la última en constituirse abiertamente como fracción. En realidad, en esta época la línea ortodoxa ya se había impuesto al Partido italiano y desembocó, a espaldas del Partido, en la eliminación de la dirección de izquierda, cuyos militantes estaban en las prisiones fascistas preparándose para enriquecer al proletariado internacional con un espléndido ejemplo de actitud revolucionaria ante la justicia burguesa, durante el famoso proceso de Roma.

Poco a poco, se demostró que la línea leninista, sin Lenin, convergía con la derecha. Fue el inicio de la era de las derrotas proletarias, marcado por el vergonzoso fracaso de 1923 en Alemania y el comienzo de la hegemonía de la burocracia centrista en Rusia, que desembocó en 1927 en la expulsión de la Oposición de Izquierda, premisas necesarias e indispensables para la situación que va camino de producirse: la traición total de los intereses de la revolución mundial y la integración del Estado proletario en el tablero de la competición imperialista, cuya única salida es una nueva masacre.

La Izquierda Comunista, por tanto, desplegó una lucha ideológica a escala internacional desde el II Congreso de la I.C. y, como hemos visto, intentó poner freno al peligro oportunista a escala nacional mediante normas organizativas y con las tesis de Roma.

Estas tesis, aprobadas en el II Congreso del P.C.I., en marzo de 1922, representan el aporte de la experiencia del proletariado italiano al proletariado internacional, aporte indispensable para sus luchas revolucionarias.

¹⁰ “En el IC Congreso [de la I.C.] el Pingüino [Rakosi], con la delicadeza diplomática que le caracteriza, me abordó para ofrecerme de nuevo la dirección del partido, eliminando a Amadeo, que si persistía en su línea sería expulsado además del Comintern. Yo respondí que haría todo lo posible por ayudar al Ejecutivo de la Internacional a resolver la cuestión italiana, pero que pensaba que de ningún modo se podría sustituir a Amadeo (y mucho menos por mí) sin un trabajo previo de orientación en el partido. Para poder sustituir a Amadeo, es necesario disponer de más de un elemento, pues por su capacidad general y de trabajo, Amadeo vale por tres.” *Carta de Gramsci a Scoccimarro y Togliatti*, 1 de marzo de 1924.

¹¹ En el III Congreso de la I.C. (junio 1921), continuaron las divergencias entre la Izquierda italiana y la I.C., esta vez sobre la cuestión de “conquistar una influencia preponderante sobre la *mayoría* de la clase obrera” y el frente único (que la Izquierda admitía sólo en el plano sindical y la I.C. lo ampliaba al terreno político). En el IV Congreso de la I.C. (noviembre-diciembre 1922) se planteó ya abiertamente la posibilidad de que los partidos participaran en gobiernos obreros con otras formaciones políticas y la necesidad de fusionar al P.C.I. con el P.S.I., cuya escisión apenas contaba dos años. La Izquierda italiana, que se declaraba dimisionaria para permitir una dirección que estuviera de acuerdo con las directivas de la I.C., abandonó la dirección del partido italiano tras su III Congreso (1923).

La Izquierda fue derrotada a escala internacional y tal derrota provocó un trastorno de las posiciones del Partido, que pasó a las manos de sus futuros enterradores.

No obstante, a su pesar, la fundación del Partido Comunista Italiano se basó en los principios comunistas, que en los momentos más difíciles de la guerra civil y el triunfo de la dictadura fascista permitieron al proletariado oponer una resistencia que el centrismo trata de presentar fraudulentamente como un resultado de su línea política.

Hoy, permaneciendo fieles a esta tradición de la que nos consideramos los legítimos continuadores, a pesar de los ataques y la incompreensión, no hemos vacilado en aportar nuestra contribución al trabajo ideológico indispensable para la reconstrucción de los cuadros revolucionarios. Contribución que sólo puede ser crítica, cuando asistimos a este alarmante fenómeno obviar la experiencia pasada y reproducir los mismos errores que cometió la I.C. desde su creación.

Ya en el II Congreso, en Moscú, Bordiga indicó que una de las tareas fundamentales es preparar a los partidos del proletariado para la inevitable situación revolucionaria a través de un profundo trabajo ideológico y una lucha sin cuartel contra todas las manifestaciones que habían llevado a la traición de los intereses del proletariado.

En cambio, en estos últimos tiempos, asistimos en el seno del movimiento internacional de izquierda a una política que ha conducido recientemente a intentar crear una IV Internacional que, aunque no tiene ningún futuro, lanza al proletariado de nuevo junto a las ruinas de las formaciones ideológicas y políticas ya caducas.

G. MAMMONE

EL CASO CALLIGARIS*

Reproducimos a continuación algunos párrafos del comunicado que ha publicado el C.E. de la fracción de izquierda del P.C.I. en *Prometeo* (nº 99, 4 de febrero de 1934):

“En el mismo párrafo de un comunicado que habla de la decisión de expulsar del partido al camarada Calligaris, los centristas afirman dos cosas diametralmente opuestas. Por un lado, dicen: “El propio Calligaris **no se decide** a abandonar la URSS. Hace gestos objetivamente provocadores, **pero no logra encontrar** el camino de regreso.” Los proletarios deben saber que quienes impiden al camarada Calligaris emprender el camino de vuelta son precisamente los centristas, que bien pueden decirle: “**eres libre de irte**”, pues saben que “**no puedes salir**”. Esta es la realidad: si el centrismo no deja salir a Calligaris, éste debe cometer actos ilegales para lograrlo, es decir, debe dar motivos a quienes sólo aguardan el momento oportuno para poder atacarle también desde el terreno jurídico.

* Ver *Bilan* nº 3.

“El equívoco debe cesar: aquellos que piensan que pueden comprar la conciencia revolucionaria de Calligaris, que son los mismos que le proporcionaron los medios técnicos y financieros para llegar a Rusia, deben darle los medios técnicos para salir. De otro modo, la frase de “eres libre de irte” no tendrá más valor que la del esbirro fascista que dice al proletario: “eres libre para irte de Italia, pero te quito el pasaporte”. El proletariado sabe a lo que se arriesga evadiéndose de Italia, y sabe que puede contar con la simpatía del proletariado internacional. Calligaris, a quien el centrismo propone evadirse de Rusia, sabe que el centrismo empleará su prensa de todos los países y las relaciones diplomáticas de la URSS para golpear al proletario que se atreva a fugarse del país del “socialismo”. En fin, sin el apoyo del proletariado ruso, controlado y engañado por el centrismo, el camarada Calligaris no puede ni plantearse la fuga.

“El consulado italiano en Rusia, como el del resto de países, no considera nunca su postura hacia los italianos en función de los intereses de sus ciudadanos, sino de sus intereses imperialistas. Esto lo sabe perfectamente el partido y el Estado controlados por el centrismo. Así, quizá mañana el camarada Calligaris pueda emplear el pasaporte italiano si el gobierno soviético da la orden de que se le reconozca este pasaporte en la frontera. La intervención del gobierno soviético, por tanto, es indispensable, pero como según los centristas “Calligaris no logra encontrar su camino de regreso”, el gobierno soviético validará su pasaporte sólo si esto conviene a los intereses de la política centrista, ¿Y cuáles son concretamente los intereses del centrismo? Los de demostrar que quienes no están de acuerdo con él son contrarrevolucionarios, y para ello el gobierno soviético cuenta con todo el apoyo del imperialismo italiano. Es decir, el acuerdo entre el consulado italiano y el gobierno soviético (acuerdo, lo repetimos, indispensable, pues de lo contrario el pasaporte no es válido en la frontera) quizá depende de que Calligaris, que no ha querido vender su conciencia revolucionaria al centrismo, haga este acto de cesión ante el consulado italiano, convirtiéndose en un instrumento de la policía italiana. Y, siguiendo esta hipótesis, el centrismo habría ganado la partida, podría presentar al “supuesto” contrarrevolucionario como un verdadero contrarrevolucionario; y así Calligaris, confiando en el apoyo del imperialismo italiano (el centrismo sólo tiene en cuenta las fuerzas imperialistas), podría conquistar esta **libertad de traicionar a su clase.**”

Tras quince años de militancia en el partido, después de pasar por las persecuciones fascistas, que han afectado gravemente a su salud, Calligaris aún no puede salir de Rusia.

“Los trabajadores no esperaban milagros de la Comuna. No tenían utopías listas para implantar por decreto popular. Sabían bien que para realizar su propia emancipación, y con ella esa forma superior de vida hacia la que tiende la actual sociedad por sus propias fuerzas económicas, deben atravesar largas luchas y toda una serie de procesos históricos, que transformarán las circunstancias y a los hombres. No tienen un ideal que realizar, sino que liberar los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa lleva en su seno. Con plena y absoluta conciencia de su misión histórica y heroicamente resuelta a cumplirla, la clase obrera puede reírse de las groseras invectivas de esos plumíferos a sueldo, y de la pedantesca protección de los condescendientes burgueses doctrinarios, que recitan sus banalidades de ignorantes y sus fantasías sectarias en tono dogmático, como si fueran los infalibles oráculos de la ciencia.”

MARX